

A la citada frase de don Ricardo yo podría contestar con esta otra:

Lo que pasa es que algunos de los grandes hombres y estadistas que han venido a convertirse en idolos de los costarricenses, no se cuidan mayor cosa de mantener en buen estado el pedestal en que descansan y se confían por completo a la gloria, merecida o inmerecida, que los rodea.

Pero no sería tan irreverente, yo que aún no he llegado a la mitad del camino que van transitando estas notables super-eminencias grises, y que a la par suya nada soy ni nada valgo.

Afirmaría cuando más que se les admira y estima por el poquito de buena obra que han hecho. Pero al mismo tiempo podría exigir que no trataran de desvirtuar esta labor con frases, si yo censuro lo malo de ellos con razones que el propio don Ricardo no ha podido falsear, desde luego que se sale de tono y—cosa rara en él—no ha podido mantenerse dentro de sus habituales casillas.

En resumen, como dijo ayer un escritor, se trata de sopesar argumentos y no personas.

Creo haber demostrado hasta la saciedad que no me guió «por simple inspiración». Pero es posible a pesar de todo que el ex-gobernante pretenda convencer a los costarricenses de que cuanto he afirmado «son puras chamarras», para lo que probablemente usará de nuevas frases como las que él sabe hacer, o de argucias abogadiles.

Por adelantado digo que sus sofismas y sus explicaciones correrán la misma suerte que su célebre argumentación, cuando quiso convencer al país de que el golpe de Estado del 28 de abril no fue en realidad tal golpe de Estado.

Felizmente todos saben que el ingenio se aguza sobremanera cuando tocan a defensa excusatoria, y que la interpretación de las leyes estira y encoge al gusto y sabor de un abogado listo. Pero los hechos y la realidad son mucho más elocuentes que cualquier estadista y que cualquier tribuno.

Ya siento también sobre mi cabeza el golpe sarcástico de los rasgadores de cuartillas, buscando de cebarse en mí por haber cometido el imperdonable atrevimiento de analizar las palabras y la obra de don Ricardo Jiménez.

Tendré que contestarles con la siguiente, sapientísima fábula de Iriaste:

El oso, la mona y el cerdo

Un oso, con que la vida
ganaba un piamontés,
la no muy bien aprendida
danza ensayaba en dos pies.

Queriendo hacer de persona
dijo a una mona: «¿qué tal?»
Era perita la mona,
y respondióle: «muy mal.»

«Yo creo, replicó el oso,
que me haces poco favor.
¿Pues qué? ¿mi aire no es garboso?
¿No hago el paso con primor?»

Estaba el cerdo presente,
y dijo: «¡bravo! ¡bien va!
bailarán más excelente
ni se ha visto ni verá».

Echó el oso, al oír esto,
sus cuentas allá entre sí,³
y con ademán modesto
hubo de exclamar así:

«Cuando me desaprobaba
la mona, llegué a dudar;
mas ya que el cerdo me alaba
muy mal debo de bailar».

Guarde para su regalo
Esta sentencia un autor:
si el necio aplaude, malo;
si alaban los cerdos, peor.

Termino mi refutación con la última frase de don Ricardo, frase que no parece la de un polemista que procura convencer sino la de un hombre que al sentirse perdido arremete a palos contra su adversario. Así dice:

«*El Diario del Comercio hace uso de un derecho que no le disputo: el derecho del berreo, como dicen en el Guanacaste*».

Ignoró efectivamente si así dicen en el Guanacaste. Pero me consta que la Real Academia Española, en la decimotercia edición de su Diccionario, 1899, escribe lo siguiente:

Berrear (Del Latín *barrire*, bramar el elefante) M. Dar berridos los becerros u otros animales.—*Berrido* (de berrear) M. Voz que forman el becerro y otros animales cuando berrean.—*Berrinche* (de berrear) M. Coraje, enojo grande.—*Berrenchin* M. Vaho o tufo que arroja el jabalí furioso.

Ya puede verse que el furioso no soy yo y que por consiguiente lo de berrinche, derivado de berrear, nada tiene que ver con el DIARIO DEL COMERCIO. En cambio don Ricardo en un momento de furia contesta a la razón y a la lógica hablando de elefantes, jabalíes y becerros.

Puede el señor Jiménez seguir revisando toda la zoología, que yo entretanto me dedicaré a los clásicos. Con mucho gusto ofrezco a don Ricardo y a los lectores esta estrofa:

Yo he visto en breve intervalo
 más de alguna señoría
 que el mando y palo tenía,
 y ya tiene sólo el palo.

(QUEVEDO)

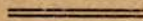
En realidad, el señor Jiménez, de esta vez, no quiso o no pudo hacer uso del mando, saber, argumentación sólida, para darme de palos que, como al principio expuse, no resultaron ser más que vijigazos. De suerte que ya no podrá lanzarme al rostro la estrofa que aquí voy a copiar:

Pues, señor, hizo Patillas
que me saliera al encuentro
un hablador de los muchos
que hay por desgracia en el pueblo.

(MORATIN)

Así concluye el artículo titulado **DON RICARDO
JIMENEZ Y EL DERECHO DEL BERREO.**

DIARIO DEL COMERCIO, 20 de diciembre de 1922



*
1923

Explicación necesaria sobre el artículo anterior.—Pago de la deuda con los franceses.—Nuevo empréstito en perspectiva

Hace tres años, en diciembre de 1922, aplaudían entusiasmadas las barras del Congreso al entonces diputado don Ricardo Jiménez Oreamuno por su *patriótica* inspiración en defensa de Costa Rica, «pobre e inocente niña» que el Gobierno de Acosta pretendía entregar al «tenorio rico y galán de Wall Street».

Tratábase de pagar la deuda interna obteniendo un préstamo de banqueros norteamericanos; pero la negociación no pudo a la postre cristalizar porque el abogado de los prestamistas, Mallet Prevost, consideró que la garantía ofrecida ya estaba pignorada, de acuerdo con terminantes cláusulas de negociaciones anteriores.

En efecto, el Contrato de 1910 y el Empréstito Francés dejaron a la República sin una sola renta disponible, como pueden ver los lectores en las cláusulas que antes inserté. ¡Y ambos negociados llevan la firma del mismo señor Jiménez Oreamuno que mientras fue Presidente no le tuvo miedo al tenorio del Norte, ni a los otros tenorios del Viejo Mundo; pero que, siendo diputado CON AMBICIONES DE NUEVA PRESIDENCIA, tornó

al uso y al abuso de sus viejas tácticas patrioteras; a jinetear el brioso caballo del nacionalismo; a repetir que «piedra lanzada en Wall Street cae sin remedio sobre la cabeza de un ladrón»; a dolerse de la «pobre niña» su patria, inocente víctima ique ya él había entregado maniatada de tobillos y muñecas al extranjero!

La actitud del diputado Jiménez en 1922 era la misma actitud del diputado Jiménez en 1908, cuando combatía rudamente a los Estados Unidos con motivo de los primeros Pactos de Washington; cuando dedicaba en 1909 los más fuertes vocablos del diccionario al Presidente González Víquez, porque había iniciado en muy buenas condiciones un arreglo de la vieja deuda inglesa con banqueros de Nueva York; cuando a este respecto proclamaba en sus discursos que era indigno de costarricenses, amantes de su patria y defensores de la soberanía nacional, el insinuar siquiera que alguien de Wall Street pudiese ejercer control o tener ingerencia (aunque sólo fueran conatos de ingerencia) en las finanzas de la República.

Así llegó al poder en 1910. Pero no había concluido ese año, y ya el Presidente Jiménez tenía hecho el traspaso de la deuda inglesa a los Estados Unidos, en condiciones tan desventajosas que no admiten comparación con las que su antecesor había propuesto; y con cláusulas tan humillantes que no acierta uno a explicarse cómo pudo poner su firma al pie de ellas el hombre que meses antes tratara como trató al Lic. González Víquez.

La negociación fué suscrita el 7 de diciembre de 1910, ratificada por el Congreso en 23 de febrero de

1911, y sancionada por el Ejecutivo el 1.º de marzo del mismo año.

¿Repetirá una vez más algún defensor del Presidente Jiménez su propio argumento de que los empréstitos de 1871 y 1872, años en que todavía era él un chiquillo colegial, estaban garantizados con la renta aduanera?

Habrá entonces que replicar de nuevo a semejante excusa (sólo excusa puede llamarse) diciendo que a pesar de haberse suspendido el servicio de la deuda después de un costoso pleito que duró seis años (1874 a 1880), prefirieron quedarse tranquilos los banqueros Bischoffshenn & Goldschmidt y Knowles & Foster. El juez reconoció que el Gobierno de Costa Rica había sido *victima de un colosal engaño*; mejor dicho, de una serie de colosales engaños pues—palabras del actual Secretario de Estado en el Despacho de Hacienda—«nuestras ansias de progreso y nuestra ignorancia en esa clase de operaciones fueron hábilmente explotadas, cargando sobre nuestras espaldas deudas por valor de £ 3.400.000.00 de las cuales sólo recibimos la cuarta parte. El resto quedó en los bolsillos de los filántropos banqueros e intemediarios.»

Y agrega: «El día en que se escriba la historia de las primeras operaciones de crédito que las Repúblicas americanas realizaron en Europa, no sé cuál de estas dos cosas causará mayor estupor: si la infantil confianza y sencillez de estos pueblos, o la avilantez desvergonzada de los banqueros que explotaron la inex-

perencia de países que daban sus primeros pasos en la vida independiente. Dificil será encontrar quien lance su reprobación contra las víctimas.»

En octubre de 1885 se llegó a un arreglo, los intereses se dejaron de cubrir SIN QUE VINIERA LA INTERVENCIÓN INGLESA, nuevas reducciones, nuevos atrasos sin consecuencias, nuevos convenios, hasta que don Ricardo Jiménez puso a la República en manos de banqueros norteamericanos, en la forma deprimente que ya conocen los lectores.

Y para alivio de males negoció, como anteriormente se ha visto y comentado, el Empréstito francés, entregando en garantía los únicos ingresos que nos quedaban disponibles; y en caso de insuficiencia toda la renta de la República de Costa Rica.

Este contrato, celebrado en mayo (también de 1911), obtuvo la aprobación del Poder Legislativo en los primeros días de septiembre del citado año.

Con tales antecedentes, cuando el Sr. Jiménez se levantó airado en el Congreso de 1922 en defensa de la *inocente niña* perseguida por el *rico y galanteador tenorio*, el famoso tenorio nuevayorquino de ojos azules y rubio peló; cuando pudo observarse que solamente trataba de rehacer su plataforma política para una segunda presidencia, que a la postre consiguió escalar ya todos sabemos en qué forma y gracias a qué procedimientos; cuando los fanáticos, enternecidos con su verba que ellos encuentran elocuentísima, le dedicaban los más exagerados ditirambos por su inmenso patrio-

tismo, publiqué en el *Diario del Comercio* una relación documentada de la labor financiera del Sr. Jiménez mientras fue Presidente; e hice ver que el nuevo empréstito acababa de fracasar por las objeciones del abogado de los banqueros Mallet Prevost, en referencia con la garantía que ya estaba pignorada, y no como consecuencia de los discursos de don Ricardo.

¡Sus admiradores llegaron entonces al extremo de afirmar que con haber comprometido todas las rentas nacionales demostraba el Sr. Jiménez su previsión y su sabiduría, pues así se evitaba que otros gobiernos contrajeran mayores deudas en el exterior!

Al artículo publicado en el *Diario del Comercio* el jueves 14 de diciembre de 1922, contestó don Ricardo en *La Tribuna* tres días después, domingo 17, con una larga defensa que llevaba este sugestivo título: *La vocería del Diario del Comercio*.

En dicha réplica no era posible que el Sr. Jiménez disimulara su cólera ni su disgusto, al comprender que el golpe de efecto que estaba dando, (con las mismas armas que usó en tiempo del Sr. González Víquez) se neutralizaba con la historia de su actuación. E indignado hasta lo inconcebible daba fin y remate a su defensa manifestando que el *Diario del Comercio* se acogía al *Derecho del Berreo* como dicen en el Guanacaste.

El miércoles 20 contesté a la furibunda réplica del Sr. Jiménez quién guardó profundo silencio después de esta publicación, la misma que antes reproduce, que necesitaba de la presente nota explicativa y que lleva por título, *Don Ricardo Jiménez y el Derecho del Berreo*.

En lo referente al Empréstito Francés se me podría decir, con razón hartó sobrada, que el Sr. Presidente Jiménez ha podido ahora, durante su segundo gobierno, devolver a la República las rentas que comprometió en 1911.

Es cierto. A mediados del corriente año se llegó a un acuerdo con los tñedores de bonos de aquel Empréstito, quienes seguían un litigio contra Costa Rica ante el Tribunal del Sena, porque amortizaciones e intereses estaban cubriéndose en francos papel, depreciados, y no en francos oro.

El arreglo consistió en pagar a razón de diez centavos de dólar cada franco; o sea tres millones de dólares, en números redondos, por treinta millones de francos.

Sin entrar en detalles que fueron ampliamente discutidos en la prensa, *con balance desfavorable a la operación*, entre otros motivos porque no todos los tenedores de bonos estaban dispuestos a aceptar el arreglo, y quedarían entonces acreedores rebeldes y deudor en situación anormal, como aún lo están; sin recordar la fuerte y razonada campaña numérica que hicieron autoridades en la materia contra el referido convenio, demostrando hasta la saciedad que llevarlo a cabo resultaba peor a la larga que perder el pleito, por diferencia de plazos e intereses (el dinero para efectuar la negociación había que conseguirlo a altos tipos y con vencimientos relativamente cortos), por comisiones, descuentos, etc; sin hablar de los sofismas, presión taimadamente sentimental en el Congreso y engaños de que se valió la Secretaria de Hacienda para que pre-

valeciera su tesis; sin hacer mención del disgusto que causó la medida extrema que autorizaba al Poder Ejecutivo para sacar las reservas metálicas del Banco del Estado, dejando así los billetes sin respaldo; ni exponer la situación precaria en que quedaron todas las fuerzas activas de un país pequeño, con tamaña sangría para sus posibilidades, sí puede en cambio afirmarse que el Presidente Jiménez y su Secretario de Hacienda libertaron a Costa Rica de las cadenas del acreedor Francés, y devolvieron a la República, libres de gravamen, las rentas que tenía pignoradas.

Este era el único aspecto verdaderamente simpático e invulnerable de la negociación: un pueblo que se sacrifica, que recoge y ofrece lo que tiene, que permite se lleven hasta el respaldo metálico de los billetes que lleva en el bolsillo, para iniciar con paso firme su marcha triunfal hacia la independencia económica, que corre parejas con la independencia política.

Pero están apenas convirtiendo sus cupones en dinero efectivo los tenedores de bonos del Empréstito Francés, y ya se anuncia la contratación de otro préstamo—el Secretario de Hacienda no ha querido declarar todavía de cuántos millones de dólares se trata—con banqueros norteamericanos!!. Es decir, con el tenorio de Wall Street, *el famosísimo tenorio de ojos azules y de pelo rubio*, a quien tanto temía don Ricardo Jiménez siendo diputado!!

¿Se advierte el dualismo inconcebible de este grande hombre? ¿Páran los mientes los lectores en que su vida es una incesante contradicción?

La contradicción y el dualismo apuntados saltarán más a la vista, si se agrega que en 1911. contrató con los franceses para refundir la deuda interna, sosteniendo que el dinero del exterior era necesario a efecto de impulsar comercio, agricultura e industria nacionales, pues pagando el Estado a sus acreedores *de adentro* habría medio circulante en abundancia; hace pocos meses fue partidario de cancelar a los *de afuera* por ser preferible que las ganancias por réditos y descuentos quedaran en el país, aunque para eso hubiere sido necesario sacrificar a los susodichos comercio, agricultura e industria, restándoles el elemento indispensable para su progreso y desarrollo; y ahora vuelve de romplón a la primera tesis, entusiasmado de seguro por su Secretario de Hacienda que en eso de hacer y deshacer empréstitos es todo un gran señor.

¿Resumen del maremagnum aritmético en que viene Costa Rica metida de seis meses a la fecha? Que un empréstito europeo a larguísimo plazo y a módico tipo de interés se traspasa a los Estados Unidos, como se hizo con las deudas anteriores, también en tiempo de don Ricardo Jiménez.

O en otras palabras, que este ilustre estadista costarricense pareciera no tener más que una consigna: clamar contra el norteamericano desde la llanura, y abrirle los brazos en cuanto llega al poder. NORTEAMERICANIZAR, pues, a su patria. Servir de instrumento incondicional para la NORTEAMERICANIZACION, política y económica, de Centro América.

San José, 8 de diciembre de 1925.

Comentario final
Hechos contra palabras

**Salen de territorio nicaragüense los
marinos norteamericanos.**

**Emiliano Chamorro, una vez más,
amo y señor de su país.**

**¿Es para eso que sirven los Tratados
de Washington?**

La visita de Gutiérrez Navas.

**Triste papel desempeñó el Gobierno
de Costa Rica.**

**Levantada actitud de la opinión
pública centroamericana.**

Muy pronto ha venido la realidad, que no engañó, a proclamar cómo teníamos razón quienes nos levantamos contra los Tratados de Washington. En primer término porque se adivinaba su completa ineficacia; y en segundo, por considerarlos lesivos a la soberanía de Centro América.

El 3 de agosto de 1925 salieron por fin de Managua los marinos norteamericanos; y la bandera nicaragüense, en medio de estruendosas manifestaciones

populares de patriótico entusiasmo, fue izada en el Campo de Marte.

Veinticinco días después (iparece mentira!), en la noche del 28 de agosto, rebeláronse las guarniciones de La Loma encabezadas por el general chamorrista Alfredo Rivas, Jefe de la Fortaleza de Tiscapa.

Felizmente se pudo arreglar la anormalidad que provocó esta traición en corto tiempo, sin derramarse una gota de sangre, sin necesidad de medidas extremas, habiendo recobrado sus fueros el Gobierno de Solórzano mediante la renuncia de dos o tres ministros.

Sin embargo, la nota cablegráfica del Gobierno de la Casa Blanca y la *cortés visita* de dos barcos de guerra norteamericanos no podían faltar, con el fin de que se supiera que el poderoso país—DE ACUERDO CON LOS TRATADOS DE WASHINGTON—no permitiría la alteración del orden en Nicaragua ni en las otras repúblicas centroamericanas.

¿Pues no afirmaban don Ricardo Jiménez y sus paniaguados que aquellos Pactos en nada era posible que amenguasen la soberanía de Centro América, porque cláusula ninguna de los Convenios autorizaba la ingerencia del extranjero anglosajón en los asuntos interiores de estos pueblos?

—

Pero hay algo todavía más grave y sospechoso, que viene a robustecer la tesis sostenida en este libro de que los Estados Unidos sólo proceden en Centro América de acuerdo con sus conveniencias.

El 25 de octubre, dos meses después del golpe del Sr. Rivas, dió otro en toda regla y se hizo dueño absoluto del poder militar de Nicaragua el por mil títulos celeberrimo general Emiliano Chamorro: ¡el mismo que, como Representante de su patria, suscribió en Washington el Tratado de Paz y Amistad y los demás Convenios que ya conocen los lectores, tendientes todos ellos a evitar revoluciones en el Istmo!!!

De esta vez sí hubo derramamiento de sangre, arrestos, asaltos y vejaciones, culminando la asonada con la destitución de todos los elementos liberales que colaboraban en el Gobierno, para ser reemplazados por conservadores chamorristas de los más apasionados y genuinos.

¿Los barcos de guerra norteamericanos? ¿La nota cablegráfica de Washington condenando el crimen? Ni unos ni otra llegaron. Pero dos semanas después, cuando ya el general Chamorro tenía bien dominado el país entero, se dió amplia publicidad a reportajes y declaraciones de conocidos funcionarios del Departamento de Estado de los Estados Unidos, en que ratificaban su firme intención de «mantener el orden y la paz en las repúblicas de Centro América, con objeto de ceñirse a la letra y al espíritu—iluminoso espíritu!—de los Tratados de Washington».

* De lo anterior se deduce: *Primero*.—Que la traición del 28 de agosto pudo prosperar (teniendo que hacer indecorosos arreglos con los militares des-

leales el Gobierno Constitucional de Nicaragua, antes que imponerles a cualquier costa el merecido castigo) por temor a una nueva intervención extranjera que ordenaba, amenazante, paz y orden en Centro América, cuando era todavía posible a las autoridades constituidas dominar la situación. *Segundo*.—Que alentados los chamorristas con su primer éxito parcial, y más alentado aún el propio Chamorro al constatar la debilidad del Presidente Solórzano (apenas comparable a la del ex-Presidente Herrera de Guatemala) no titubearon en dar el golpe definitivo. *Tercero*.—Que convertido una vez más el mencionado Chamorro en amo y señor de Nicaragua, con toda la fuerza pública a sus órdenes; y respaldado por Washington que ratificaba su firme intención de «mantener el orden y la paz en las repúblicas de Centro América»; es decir, de evitar levantamientos contra el audaz militarote, pudo éste sin mayores obstáculos afianzarse en el poder. *Cuarto*.—Que, por consiguiente, los famosos Tratados no evitan las revueltas ni las traiciones militares en el Istmo, llamadas a tener buen éxito siempre que sus jefes y promotores figuren en la lista blanca del Departamento de Estado norteamericano. Y *quinto*.—Que más bien sirven esos Pactos para dar aliento a los que, como Emiliano Chamorro, convencidos de que gozan de gran simpatía en los círculos oficiales de Washington, siguen cometiendo desafueros de toda clase al amparo de aquella poderosa, ya citada simpatía que los cobija.

El Presidente Solórzano, previas conferencias con el representante de Chamorro, Adolfo Díaz, y con el Ministro norteamericano, dirigió esta orden general a los jefes políticos y comandantes de armas de la República, cuando sólo habían transcurrido 30 horas del cuartelazo:

«Señor Jefe Político y Comandante de Armas:
Después de la toma de la Fortaleza de Tiscapa y la entrega de la Penitenciaría, hemos llegado a un entendimiento con el general Emiliano Chamorro, de carácter político militar, quedando él con el cargo de Gral. en Jefe del Ejército de la República, durante el tiempo que sea necesario para restablecer el orden Constitucional.
Espero que tanto usted como los amigos de ese departamento comprenderán lo difícil de la situación por que atraviesa la República, y sabrán ponerse a la altura del deber que nos impone un bien entendido patriotismo.

Comandante General,
SOLORZANO.»

Tomen en cuenta los lectores cómo es de inexplicable, de contradictorio, de torpemente mal urdido el nombrar General en Jefe del Ejército, «mientras se restablece el orden constitucional», cabalmente a quien alteró el orden constitucional; adviertan que de ese hecho sin parangón saltan a exponerse públicamente la cobardía, la infamia, ACASO LA COMPLICIDAD, si se re-

cuerda que la familia política del Sr. Solórzano está íntimamente ligada con el Partido de los Chamorro, habiendo sido entonces incapaz de hacerle frente a la presión de los suyos el débil mandatario; y observen la situación poco envidiable, ridícula, bochornosa, de un gobernante a merced de sus militares subalternos que primero obliganlo a quitar y poner Secretarios de Estado, y poco tiempo después lo despojan completamente de su autoridad, le arrebatan las armas y le imponen condiciones que él acepta, firma y ejecuta.

* ¿Resultado de la alianza Solórzano—Chamorro? Que la permanencia del primero en la silla presidencial de Nicaragua, rompiendo sus compromisos con el Partido que lo llevó al poder, sólo sirvió para darle aspecto de constitucionalidad al régimen de facto del Muy Ilustre y Honorable General Excelentísimo; y que, por consiguiente, vino a ser de dudosa aplicación el artículo 2.º del Tratado de Paz y Amistad, suscrito en Washington el 7 de febrero de 1923, que a la letra dice:

“Se considera amenazante a la paz de las Repúblicas de Centro América todo acto, disposición o medida que altere en cualquiera de ellas el orden constitucional. En consecuencia, los gobiernos de las Partes Contratantes no reconocerán a ninguno que surja en cualquiera de las cinco repúblicas por un golpe de Estado o revolución contra un gobierno reconocido, mientras la representación del pueblo, libremente electa, no haya reorganizado el país en forma constitucional. Y aun en este caso se obligan a no otorgar el reconocimiento si alguna de las personas que resultaren electas

Presidente, Vice-Presidente o Designado estuviere comprendida en cualquiera de los casos siguientes: 1.º Si fuere el jefe o uno de los jefes del golpe de Estado o de la revolución; o si fuere por consanguinidad o afinidad ascendiente, descendiente o hermano de alguno de ellos. 2.º Si hubiese sido Secretario de Estado o hubiese tenido alto mando militar al verificarse el golpe de Estado o la revolución, o al practicarse las elecciones, o si hubiese ejercido ese cargo o mando dentro de los seis meses anteriores al golpe de Estado, revolución o elecciones.»

He dicho que la preinserta cláusula era de dudosa aplicación, tomando en cuenta el exagerado temor a Washington, la pusilanimidad extrema disfrazada con el nombre de *diplomacia* y, sobre todo, el rabulismo de los hombres que gobiernan en estas latitudes, apegados siempre a las fórmulas tinterillescas cuando se trata de rehuir responsabilidades o de pretextar sus procedimientos, en pugna con imperativos mandatos de la ética social.

Porque a la vista salta y así han de comprenderlo quienes no hayan perdido el juicio, que bajo la sanción del citado artículo del Protocolo de Paz y Amistad cayó Chamorro, pese a la complicidad del Presidente Solórzano, desde el momento en que hubo golpe de Estado y en que se hizo dueño de la situación nada menos que el jefe del movimiento, el autor del cuartelazo.

De manera que fue violado, brutalmente violado, EL ESPIRITU de los Pactos de Washington, y bien pudieron en consecuencia desconocer a ese régimen

espúreo los otros gobiernos del Istmo. Con tanta mayor razón—si es que siempre han de auscultar el sentimiento oficial norteamericano las cancillerías de estos países—cuanto que el Departamento de Estado de los Estados Unidos acababa de hacer declaraciones, ratificando su deseo de que Centro América se ciñese «a la letra y AL ESPIRITU de los Tratados de Washington».

¿Por qué se iban a tomar estas declaraciones únicamente en el sentido favorable a Chamorro, quien encontró una fórmula artificiosa para ampararse a la *letra* de los Convenios, cuando EL ESPIRITU de los mismos estaba irrespetándose?

¿No tenían, pues, brillante oportunidad los gobiernos centroamericanos de poner a prueba la eficacia de los Pactos de 1923, y la lealtad del Gobierno de Washington en sus relaciones con Centro América, y su derecho sacratísimo de repudiar a los negociadores de la independencia y de la soberanía nacionales?

Pero prevaleció la tesis en apariencia constitucional a pesar del cambio completo de funcionarios públicos, exceptuando al Presidente, y el afortunado militar que en 1923 había suscrito los famosos Convenios de Paz y Amistad pudo sonreír satisfecho, convencido de que pasaba por encima de ellos sin tropiezo alguno y de que impunemente los pisoteaba, como impunemente pisoteó los de 1907.

Felizmente, para gloria y prestigio de estos pueblos, si los gobiernos no creyeron oportuno cortar relaciones con un régimen nacido del crimen y de la traición, el clamor público en cambio—que no sabe de

leguleyismos ni de diplomacias—sí se alzó contra estos hombres que constituyen el oprobio y la vergüenza de Centro América.

Los más importantes diarios de Guatemala, El Salvador y Honduras publicaron enérgicos editoriales condenando la nueva felonía de los llamados conservadores nicaragüenses, y en Costa Rica se escuchaban por doquier voces altivas de protesta.

A tal extremo llegaron estas manifestaciones de disgusto, que el general Chamorro creyó indispensable el envío de una Delegación Especial a las cuatro repúblicas hermanas, con objeto de asegurarse por lo menos el apoyo de los gobiernos; y nombró para Jefe de la referida Embajada al Excelentísimo Sr. don Daniel Gutiérrez Navas, su Ministro de Relaciones Exteriores, ni más ni menos.

Llegó a San Salvador este ilustre representante de su no menos ilustre representado, y a latigazos fue recibido por la prensa cuzcatleca. La recepción oficial se verificó fríamente, contrastando esta frialdad con el cordialísimo recibimiento que todas las clases sociales y aun el propio Gobierno dispensaron al Dr. don Juan Bautista Sacasa, Vice-Presidente Constitucional de Nicaragua que tuvo que abandonar su país en esos mismos días, perseguido por las fuerzas de Chamorro para tomarlo prisionero y hacerlo renunciar de su alto cargo.

En Guatemala los estudiantes organizaron una enorme manifestación anti-chamorrista que, posiblemente por *diplomacia*, la eterna *diplomacia*, disolvió a palos y a cintarazos la policía cuando arribó a aquella capital Gu-

tiérrez Navas. Pero debe acreditarse a la cuenta del Presidente Orellana el haber dado libertad absoluta a los periódicos, inclusive los que se consideran como semioficiales, para externar sus opiniones adversas a Chamorro y a sus cómplices; y el haber atendido al Vice-Presidente Sacasa con tanta cordialidad como en El Salvador.

El pueblo de Honduras no era posible que recibiese con flores al enviado de los Chamorro; sin embargo, sorprendentes despachos de Tegucigalpa dicen que el Gobierno lo agasajó con esplendidez, anomalía que apenas puede explicarse si se piensa en la difícil posición geográfica de la tierra de Morazán, y en ciertos detalles de política interna que seguramente obligaron al Gobierno a tomar semejante actitud.

A Costa Rica llegó la Excelentísima Misión en vísperas de Navidad. Alegre y confiado bajaba del ferrocarril el Sr. Gutiérrez, en la Estación al Pacífico de esta capital, cuando un nutrido «¡abajo los traidores!», contestado con un no menos nutrido «¡muera Chamorro!», lo hicieron comprender que si el Presidente Jiménez le abría los brazos y enviaba a que le diese la más afectuosa bienvenida a su colega en posición, el Secretario de Relaciones Exteriores, muy otro era en cambio el sentir de los hombres dignos y honrados.

Porque si Gutiérrez Navas venía como misionero de Chamorro buscando apoyo para un nuevo crimen de traición y de lesa patria, lo que ya era bastante para ser enérgicamente repudiado, todos recordaban que fue ese mismo Sr. Gutiérrez Navas quien a fines de 1916, en la Corte de Justicia Centroamericana, defendió la

legalidad del monstruoso Convenio Bryan-Chamorro. En otras palabras, sostuvo la tesis de que estaban bien violadas, lícitamente violadas mediante el pago a sus amos de \$ 3.000.000, la integridad territorial y la soberanía de Centro América.

Los otros cuatro magistrados que habían admitido la demanda de Costa Rica en auto del primero de mayo de ese mismo año de 1916, y en seis de septiembre la de El Salvador, resolvieron favorablemente a las partes actoras sentenciando que el Gobierno de Nicaragua violó, al hacer la negociación con el de Washington, el Tratado Cañas—Jerez, el Laudo Cleveland, el Tratado General de Paz y Amistad en su Artículo IX, y los legítimos e indubitables derechos de Costa Rica en el río San Juan y en la Bahía de Salinas, así como los de El Salvador y Honduras en el Golfo de Fonseca. Pero Nicaragua repudió tan justo fallo, se declaró en rebeldía contra la Corte y retiró de ella a su Representante, idestacándose en el centro de esa página—harto negra para la historia de estos pueblos—la figura del tantas veces citado Dr. Gutiérrez Navas, que ha tenido el audaz cinismo de visitar en *misión diplomática* de los famosos Chamorro (aunque con credenciales del Presidente *nominal* Solórzano) a las naciones que, todos ellos juntos, ultrajaron y escarnecieron hace nueve años!!

¿No era de esperar que hubiese sanción para estos hombres, persistiendo como aún persiste la violación del territorio centroamericano, subsistiendo como todavía subsiste el agravio a las naciones perjudicadas? ¿No era lo lógico, y lo humano, y lo patriótico, lanzar-

le a la faz un *vade retro* en nombre de la dignidad nacional herida, y no que se recibiese al Embajador Gutiérrez con grandes honores y distinciones?

Non grato debió haberlo declarado el Presidente Jiménez, levantando así el prestigio de Costa Rica en el exterior, si conservara uno solo siquiera de aquellos arrestos *nacionalistas* que tanta fama y tanta gloria y renombre tanto le dieron cuando, en el Congreso de 1908, pugnaba por alcanzar su primera presidencia. Desgraciadamente son otros los tiempos, y los que hoy politiquean para vivir han cambiado de careta: supo el mandatario costarricense, porque así fue publicado en los periódicos, que a Gutiérrez Navas lo despidió en la estación ferrocarrilera de Managua el Ministro norteamericano; sospechaba que, por consiguiente, detrás de los criminales habría de estar el poder de Washington, y bajó entonces la cabeza, olvidó el tremendo ultraje inferido a su patria, abrazó en vez de rechazar al Delegado de la Traición que Emiliano Chamorro encarna, permitió que a varios de los manifestantes anti-chamorristas, contra quienes cargó fuerte la gendarmería en la tarde de la protesta, se les condenase sin demora y arbitrariamente a dos meses de reclusión (¡gracias a Dios que Su Excelencia, el Dr. Gutiérrez Navas, tuvo a bien perdonarlos, levantándoles el arresto!), hizo que la Banda Militar diera un gran concierto de gala en honor del ilustre diplomático y, para cerrar con broche de oro esta faena, entrelazó la siguiente frase en su discurso de protocolo al recibir al Enviado de Chamorro y agraviador de Costa Rica en la Corte de Cartago:

«NADIE MEJOR QUE VOS, Excelentísimo Señor Ministro, para traer el cordial mensaje que el Gobierno de Nicaragua envía al Gobierno y Pueblo de Costa Rica...»

—

¿Será necesario agregar a todo lo anterior, iextraña coincidencia!, que en cuanto se sintió amo de su país hizo saber Chamorro que Nicaragua se retiraría también de la Liga de las Naciones, como lo ha hecho Costa Rica? ¿Y que el Gobierno de Jiménez no se ha servido atender al caluroso llamamiento de aquella Institución para que vuelva sobre sus pasos, después de haber sido aprobada *por unanimidad de votos* la iniciativa al respecto que apoyaron con elocuentes discursos el Sr. de Palacios, Representante de España, el Sr. Guerrero, Delegado salvadoreño, y otros distinguidos personajes; iniciativa presentada en la sexta asamblea de la Liga prácticamente por todos los países latinos, con Francia a la cabeza? ¿Y que, para mayor demostración de que la *política* del Sr. Jiménez es de servilismo extremo en lo que a Washington concierne, bastó un ligero fruncimiento de ceño del Tío Samuel para que en el Congreso se suspendieran los debates acerca del establecimiento de un servicio internacional de hidroaviones, en que había intereses alemanes y colombianos? ¿Y que, ilamentable proceder!, el documento mediante el cual don Ricardo Jiménez obtuvo *illicitamente* su actual presidencia no lo conoce todavía el pueblo de Costa Rica sino, únicamente, los jefes de los Partidos que entraron en la componenda Y EL SEÑOR MINISTRO DE LOS ESTADOS UNIDOS?...

No, Nada de eso he de comentar. Baste con decir que en estos asuntos de soberanía y de chamorrista, muy triste papel ha desempeñado el *hombre cumbre* costarricense.

¡Que por lo menos quede el derecho de protestar, virilmente, a los *hombres llanuras* que no conocen la abyección, así se les condene a sesenta días de arresto!

En resumen: Termina el año de 1925 y Centro América, una vez más, tiene entronizado en Nicaragua el régimen de la traición y de la ignominia que sólo pudo prosperar mediante el cuartelazo, gracias por tanto a la violencia, A PESAR DE LOS FAMOSOS TRATADOS DE 1923 escarnecidos, muy pronto ciertamente, por los mismos excelentísimos señores que al pie de ellos pusieron su flamante firma.

Justifícase, pues, la labor recogida en este volumen, así en lo que a ineficacia de los Convenios atañe, cuanto en lo que se refiere a la indignidad y al servilismo de algunos de los que mandan, frente al poder de Washington.

Afortunadamente la opinión pública centroamericana, externada en los periódicos y en las patrióticas manifestaciones de protesta a que antes se hizo referencia, libra a estas pequeñas repúblicas de que pueda aplicárseles la conocida frase de Maura:

* «No perecen los pueblos por débiles sino por viles».

San José, 30 de diciembre de 1925.

**Completa violación de los Tratados
de Washington.—El Vice-Presidente
Sacasa es destituido.—Emiliano
Chamorro asume la presidencia
de Nicaragua.—**

Al entrar en prensa los últimos pliegos de este libro llegan de Nicaragua las siguientes noticias:

El Congreso chamorrista declaró que hay lugar a formación de causa contra el Vice-Presidente de la República, doctor don Juan Bautista Sacasa, acusado de "querer perturbar el orden constitucional"; lo despojó, punto y seguido, de su alta investidura; y en la misma sesión, 12 de enero de 1926, tuvo a bien seguir el Poder Legislativo en funciones exclusivas de los Tribunales de Justicia, condenando a dos años de destierro al referido doctor Sacasa, quien actualmente se encuentra fuera del territorio de la República.

El 14 renunció Solórzano pero no le fue aceptada su dimisión, sino que las dos Cámaras dispusieron, en la noche del 15, concederle licencia indefinida para separarse del poder; y no habiendo Vice-Presidente resolvieron que depositara el mando en el SENADOR don Emiliano Chamorro. (¡Acababa de resultar electo senador, como por obra del destino!).

El ilustre general asumió la presidencia el 16, al són de clarines y al repiqueteo de campanas...

* Así empieza para Centro América el año nuevo, como justo castigo por la falta de energía de quienes no pusieron remedio al mal cuando era tiempo de hacerlo.

* ¿La intervención extranjera? No debe temerse cuando se defienden los derechos del pueblo, pues de lo contrario se facilita el triunfo de los audaces con detrimento de los tímidos.

A grandes voces está pregonándolo el caso concreto de Nicaragua, nueva y dura experiencia, nueva y dura enseñanza, lección amarga y elocuente para el Istmo.

* Es inútil que ahora, PORQUE YA SÍ SUFRIÓ VIOLACIÓN EN TODA REGLA el Artículo 2º del Tratado General de Paz y Amistad, no reconozcan al Gobierno de Chamorro el de Estados Unidos ni los otros de Centro América signatarios de los Pactos.

¿De qué ha de servir esa actitud—encomiástica sobre todo en lo que respecta a las cancillerías de El Salvador y de Guatemala, que hicieron categóricas declaraciones desconociendo al régimen usurpador al día siguiente no más de haber tomado posesión Chamorro—si tiene que prevalecer la tesis norteamericana del orden y de la pacífica compostura para evitar que se derrame sangre?

¿De qué ha de servir el no reconocimiento, cuando el Presidente de Costa Rica expresa en un reporta-

je su pesar por haber tenido que proceder en esa forma, y agrega que puede estar seguro el Sr. Chamorro de que en territorio costarricense él, don Ricardo Jiménez, no permitirá movimiento alguno que pueda alterar la paz—¡siempre la paz!—en Nicaragua?

¿De qué ha de servir esa ruptura de *relaciones diplomáticas*, si también en las demás repúblicas encontrará Chamorro autofidades aliadas que velen por su seguridad y por el afianzamiento de su administración?

Por el orden y por la paz, por evitar derramamiento de sangre y posible intervención, entraron en componendas los funcionarios nicaragüenses con los militares que se rebelaron el 28 de agosto.

Por el orden y por la paz, por evitar derramamiento de sangre y posible intervención, pasará don Carlos Solórzano a la Historia como cómplice del cuartelazo del 25 de octubre.

Por el orden y por la paz, por evitar derramamiento de sangre y posible intervención, se quedará Chamorro todo el tiempo que quiera en la silla presidencial de Nicaragua, aunque ningún gobierno del mundo lo reconozca, pero siempre que ningún gobierno del mundo le haga la guerra.

Si los gobiernos centroamericanos, desde el propio momento en que fue violado EL ESPIRITU de los Convenios de Paz y Amistad, desconocen al autor del cuartelazo; si por consiguiente no reciben ni festejan a su Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario, Gutiérrez Navas; y si los liberales nicaragüenses y el Presidente Solórzano—no mirando tanto hacia Washington cuya intervención, de venir, habría sido injusta y

arbitraria a todas luces—cumplen enérgicamente con su deber, es posible que la paz y el orden se hubiesen alterado un poco, y es posible que algo de sangre se hubiera derramado: pero es también probable que no estaría Chamorro gobernando en Nicaragua, para deshonra de Centro América y para descrédito y escarnio de los Convenios de 1923.

No faltará quien diga que, por el contrario, SÍ ESTAN SIRVIENDO DICHS PACTOS A LAS NACIONES DEL ISTMO, pues al tenor de ellos se le ha negado el reconocimiento al Presidente de facto general Chamorro. Habrá entonces que hacer hincapié, para contestar a ese argumento, en la inutilidad práctica de tal medida que no vuelve las cosas a su estado jurídico anterior al cuartelazo; o en otras palabras, que no enmienda la violación del Artículo 2° del Tratado General de Paz y Amistad por parte de Chamorro, aunque los gobiernos centroamericanos cumplan con uno de sus incisos, y aunque el Departamento de Estado de los Estados Unidos haya declarado *a última hora* que «desde el 25 de octubre se alteró el orden constitucional en Nicaragua, con el movimiento subversivo del general Emiliano Chamorro, y que en tal virtud no puede reconocerse su régimen de facto». (Por qué no haría esta declaración la Casa Blanca el 26 de octubre, cuando Solórzano entró en componendas con el autor del Golpe de Estado ¡después de conferenciar con el Ministro norteamericano!?)

Otros países que nada tienen que ver con los fa-

mosos Pactos de 1923, como México y Colombia, tampoco reconocen al eterno enemigo de la autonomía centroamericana, habiendo retirado sus Legaciones de Managua.

✧ Sirva todo eso de apoyo moral y de firme sostén para iniciar la cruzada redentora. Pero piensen los centroamericanos que a la postre nada bueno se podrá obtener cruzándose de brazos, como no se puede extirpar un cáncer si se le deja en pasiva observación.

Procédase contra los conculcadores y contra los criminales políticos sin tomarle asentimientos ni licencias al Gobierno de Washington; sin estar siempre pensando en sus posibles intervenciones; sin hacer pública confesión, con tan desgraciado proceder, de servilismo, de infelicidad, de pequeñez, de abyección y de vileza.

Centro América no se salva con Tratados, Protocolos o Convenios de Paz y Amistad, sino con honradez cívica, con rectitud a toda prueba, con decisión viril para castigar a los responsables de su descrédito y a los culpables de su ruina.

San José, 20 de enero de 1926.

**Recopilación
de algunos juicios sobre
“Cartas a Morazán”**

Niza, agosto 22 de 1922.

Sr. don Vicente Sáenz,

San José de Costa Rica.

Estimado amigo:

Recibo sus *Cartas a Morazán*, y las leo, y tomo la pluma para decirle, aunque sea en dos líneas, mi entusiasta aplauso porque ha hecho Ud. un gran bien a nuestra América. Eso es lo que ante todo necesitamos: claridad. El daño que ha llevado a buena parte de nuestro continente hasta la situación en que se encuentra ahora, deriva del silencio y la abstención de los que pudieran denunciar las intrigas y las condescendencias culpables. Su libro es un gesto de patriotismo y un acto de valor. Dobles felicitaciones y a través de la distancia un apretón de manos.

MANUEL UGARTES

Buenos Aires, 21 de agosto de 1922.

José Ingenieros saluda muy cordialmente a su estimado amigo don Vicente Sáenz, y le agradece mucho el envío de su nueva obra «*Cartas a Morazán*»; de este precioso libro que su brillante pluma ha redactado, y cuya lectura le ha sido de suma utilidad, porque los problemas centroamericanos que estudia y desarrolla, con gran acopio de datos y admirable sensatez, son los mismos para todos estos pueblos de Ibero América.

(He aquí algunos párrafos publicados en la «Revista de Yucatán», el más importante periódico de ese Estado, República Mexicana, por el distinguido escritor y poeta Ricardo Alfonso Sarabia.)

Vicente Sáenz, periodista de altos vuelos.— Cuando se inició el movimiento unionista centroamericano en los años de 1920 y principios del 21, el Sr. Sáenz, Director del diario «La Prensa» de San José de Costa Rica, levantó allí el estandarte de la Federación luchando contra todos los que se oponían al magno ideal.

Rota la Federación como resultado del cuartelazo de Orellana, numerosos unionistas se plegaron a la nueva situación. Con muy raras excepciones, todos han claudicado de sus principios.

Un pequeño grupo de los que forman el Partido Unionista histórico: Salvador Mendieta, Rafael Díaz Chavez, Salvador Corleto, mantienen vivo el fuego del ideal; y Vicente Sáenz, desde las columnas del diario que actualmente dirige en Tegucigalga, «Patria», y desde las brillantes páginas de su admirable volumen histórico «Cartas a Morazán», señala el crimen y a los autores de él, diciendo quiénes mataron la Federación, por sus ambiciones, su afán de medro, su ausencia de altas miras.

* La censura le impidió continuar esa labor, y de pronto le dieron el pasaporte con dirección a su bella tierra, Costa Rica.

Rudamente, deslealmente, lo combaten los mismos que hace pocos meses lo colmaron de alabanzas por sus patrióticos esfuerzos.

A los unionistas históricos, a él entre todos los periodistas y escritores honrados de Centro América, les cabe el orgullo de haber levantado el estandarte glorioso, que los prevaricadores botaron por el suelo ensangrentado de la patria de Jerez y Morazán.

RICARDO ALFONSO SARABIA

Guatemala, julio 29 de 1922

Sr. don Vicente Sáenz,

San José de Costa Rica.

Muy estimado amigo:

Hace pocos días tuve el gusto de recibir sus «Cartas a Morazán» que he leído con vivo interés y satisfacción, no sólo por ser obra suya, sino porque es usted *el único escritor centroamericano que se ha atrevido* a decir en letras de molde, y con severa e imparcial crítica, todo cuanto ha pasado en 1921 sobre el problema unionista.

Mucho le agradezco el envío de su importante libro y su galante dedicatoria, que conceptúo como excesiva bondad de usted, para este su amigo que tanto lo aprecia.

Por estas tierras son poquísimos los que saben cómo se fueron desarrollando los trabajos unionistas en el resto de Centro América.

Por eso juzgo de mucha importancia la publica-

ción de sus «Cartas a Morazán», y desearía que tuvieran más circulación en el Estado de Guatemala. Pues aunque lo que usted ha escrito ya pertenece a la historia, siempre es útil para las generaciones presentes y futuras que se conozca lo que ha ocurrido para que, si alguna vez se vuelve a hablar de Unión, sepan a qué atenerse y conozcan los hechos tal como pasaron, y se conozcan también los políticos que tomaron parte en esos acontecimientos para aquilatar valores.

Con un saludo muy afectuoso me suscribo de Ud. muy atto. S. y amigo.

FRANCISCO E. TOLEDO

(Ex Ministro de Guatemala en Honduras, ex-designado al Consejo Federal de la República de Centro América).

México D. F. 15 de setiembre de 1921.

Sr. don Vicente Sáenz,

San José, Costa Rica,

Mi estimado y querido amigo:

En el día de la Patria, leyendo su valioso libro y haciendo mil reflexiones sobre el sombrío porvenir de Centro América, tengo especial placer en saludar al viril luchador y compatriota muy distinguido; al periodista que no ha titubeado en narrar los hechos históricos que derrumbaron el edificio de la Federación Centroamericana.

Mis agradecimientos y felicitaciones por su admirable obra de civismo, y mis votos porque entre la juventud haya imitadores de su labor honrada y valiente.

LUIS FELIPE OBRECON.

(Ex-Ministro de Guatemala en México)

Habana, 25 de junio de 1922

Sr. don

Vicente Sáenz,

San José de Costa Rica.

Mi distinguido señor y amigo:

Recibí y mucho le agradezco su importante obra «Cartas a Morazán». Son capítulos de una lastimosa historia, que debemos tener siempre delante de los ojos los habitantes del archipiélago antillano.

En este nuevo libro, como en «Traidores y Déspotas de Centro América», hace usted una labor digna de aplauso.

Muy agradecido queda, como siempre, a su disposición,

ENRIQUE JOSE VARONA

Unión Panamericana, Washington, D. C., 25 de julio
de 1922.

Sr. don Vicente Sáenz,

San José de Costa Rica.

Mi estimado señor Sáenz:

Le doy las más rendidas gracias por su interesante obra «Cartas a Morazán» que, con dedicatoria autógrafa, se ha servido usted enviarme.

La materia de que trata su trabajo es para mí de la mayor importancia, y estoy seguro de que el libro de usted habrá de servir como obra de consulta en lo relativo al movimiento unionista centroamericano.

Agradeciéndole de nuevo su bondadoso envío, quedo de Ud. muy atto. servidor y amigo,

L. S. ROWE,
Director General.

—
Unión Panamericana, Washington D. C., 30 de julio
de 1922

Mi estimado amigo:

Acabo de recibir el volumen que con generosa dedicatoria se ha servido enviarme, titulado «Cartas a Morazán», obra que he leído y saboreado con el mismo provecho y agrado con que siempre leo cuanto de usted me llega.

Mucho interesante y digno de consideración y

aplauzo encuentro en las páginas de este nuevo libro suyo, que guardo y conservaré en mi biblioteca.

Con gracias muy sinceras me repito su servidor y amigo,

F. J. YANES

Sr. don

Vicente Sáenz,

San José de Costa Rica.

Tegucigalpa, setiembre 28 de 1922

Sr. don

Vicente Sáenz,

San José de Costa Rica

Mi estimado amigo:

(De esta carta del Dr. Corleto se reproducen los párrafos que se refieren al libro.)

...Aquí, entre los hombres libres, entre los unionistas y entre los que conservan unidad de vida—abajo y arriba—dejó usted gratísimos recuerdos. Sus ideales, su caballerosidad y su carácter, puestos al servicio de nuestra causa, deben obtener en su día la recompensa debida.

Su labor, condensada en sus admirables «Cartas a Morazán», constituirá con el tiempo una fuente pura en donde beberán la verdad los iniciados.

Amigo mío, con mi entusiasmo y admiración por usted, con mis votos leales porque se abran nuevos senderos en su vida, cordialmente soy su amigo.

SALVADOR CORLETO

Nueva York, 6 de julio de 1923.

- Sr don Vicente Sáenz,

Director del «Diario del Comercio»,

San José de Costa Rica.

Mi querido y muy estimado amigo:

Recibo su periódico y lo leo con mucho interés. Deseo felicitarlo por su actitud en la cuestión del Protocolo, el monstruoso protocolo, el protocolo del suicidio, de la muerte de Costa Rica. USTED FUE EL UNICO que vió claro y habló a tiempo.

Deseo además felicitarlo calurosamente por su labor en general en todos los asuntos de mayor importancia para su Patria. Usted está prestando verdaderos y positivos servicios a la tierra de Juan Rafael Mora, porque ve claro y no tiene miedo y lo mueven pasiones superiores y no es tributario de lo que reina ni lleva la librea del lugar común.

Yo lo miro desde aquí con profunda simpatía y le envío con mucho gusto mi palabra de aliento.

Sea usted cada vez más firme en el combate por las grandes causas que aman los grandes espíritus;

desoiga el consejo de los tímidos, los medrosos y los egoístas; odie con toda la fuerza de su vida el crimen, la vulgaridad, la estupidez; y desprecie y no le importen la crítica ni la guerra de los mediocres.

De usted será la victoria, tal como la entendemos los hombres de honor y de corazón; y usted será en todo trance más fuerte que todos, siempre que sea leal a sí mismo y sepa llegar hasta el fin, no sólo con su identidad sino también con el esplendor del crecimiento y de la culminación.

Lo saluda cordialmente,

JACINTO LOPEZ

San José, C. R., 26 de julio de 1922:

Señor don

Vicente Sáenz,

Ciudad.

Mi querido e inolvidable amigo:

Usted siempre galante y exquisito, tuvo la bondad de enviarme un ejemplar de su último libro intitulado CARTAS Á MORAZAN, con amable dedicatoria que le agradezco infinito. Tratándose de una producción suya, no podía yo menos de leerla con el interés consiguiente, y así lo hice desde la primera hasta la última página. Su relación respecto de los trabajos ini-

ciados para llevar a cabo la unión de las cinco repúblicas del Istmo, el proceso y la conclusión de tales trabajos, están admirablemente relatados en su precioso libro, con los comentarios que usted tuvo a bien hacer de todo, conforme fueron desarrollándose los sucesos. Vibrante y enérgico su discurso, me parece el látigo de fuego con que merecen ser tratados los protervos que, por pura ruindad de alma, hicieron frustrarse una vez más las esperanzas y los anhelos de regeneración que para Centro América deseábamos (y seguiremos deseando) los que, convencidos unionistas, no creemos posible la grandeza de nuestra patria común si ésta sigue dividida en pequeñas fracciones que son, a la vez, el patrimonio de los políticos sin escrúpulos y sin conciencia que explotan miserablemente la pequeñez, y la pobreza, y la ignorancia de los cinco pueblos que habrían realizado sus grandes destinos si en vez de verse como enemigos, o por lo menos como indiferentes, se hubieran dado el estrecho abrazo de hermanos para marchar juntos y sin tropiezos con rumbo hacia el porvenir.

La lectura de su libro ha reabierto la herida que en mis sentimientos de patriota unionista causaron los que puñal en mano, con careta en la faz, y prevalecidos de las sombras de la noche de la ignorancia, osaron una vez más oponerse al triunfo del magno ideal, y lograron realizar su propósito. Aún resuenan en mi oído las frases necias de los que combatieran en el Congreso de aquí el Pacto de Enero de 1921, tendiente a resucitar, nuevo Lázaro, a la extinta Federación de Centroamérica para presentarnos ante el mundo con

el ropaje que correspondía a una nueva Nación, grande y rica, formada de cinco liliputienses países que no son conocidos siquiera de los otros pueblos civilizados.

Ojalá, amigo mío, puedan nuestros hijos ver la realización del dorado sueño que nos subyuga a los que de corazón queremos ver unidos a los países de Centroamérica. Pero nosotros no debemos hacer lo que el poeta elegíaco de Israel, lamentarnos de nuestras desventuras sin hacer nada para remediarlas, sino que nuestro propósito ha de consistir en seguir cultivando la era y sembrando la semilla para que otras generaciones, sin los egoísmos de hoy y, sobre todo, sin las vilezas de hoy, realicen el anhelo de Morazán y de Barrundia, de Jerez y de Cabañas.

Que se conserve muy bien y no desmaye jamás en tan patriótica labor son los mejores deseos de su

afectísimo amigo y seguro servidor,

F. MONTERO BARRANTES

— — —

Vicente Sáenz, *Cartas a Morazán*.—Imprenta EL SOL.—Comayagüela, 1922. (Refiérense al último movimiento unionista centroamericano, en el Centenario de la Independencia Nacional.)

Con gran interés se va leyendo este libro, que es una relación de los trabajos hechos en los años 1920

y 21 para unir a las cinco Repúblicas de Centro América. Y se termina su lectura con gran pesar, con el dolor de que un propósito tan grande tuviera fin entre mezquindades y ambiciones ínfimas.

Vicente Sáenz es un periodista de mérito. Ha viajado. Su visión del porvenir de nuestra América es amplia. No ignora que, unidos, tendremos el poder; y sabe que disgregados y desconocidos unos de otros, como hoy lo estamos, seguiremos girando en la órbita de un vecino muy poderoso, naturalmente egoísta y que siente por nosotros poca estimación. El señor Sáenz ha trabajado siempre con desinterés y entusiasmo por la causa de la unión de Centroamérica, única manera de salvar a aquellos países y dar a los demás pueblos hermanos un ejemplo práctico y digno de imitación. Este libro es un resumen de su ardiente campaña de prensa, desde la reunión de los delegados que en San José de Costa Rica firmaron el Pacto de Federación, hasta el momento en que Honduras y El Salvador reasumieron su soberanía, impelidas por el golpe de Estado de Orellana en Guatemala.

Una sola conclusión se obtiene al examinar el cuadro que muestra el señor Sáenz: la certeza de que los centroamericanos son víctima de la más inexplicable imprevisión de sus gobernantes. Es increíble, o por lo menos duro de creer, que la maldad llegue al suicidio, a la entrega completa y sin decoro a un enemigo rapaz y extraño. Ese enemigo sólo planta su tienda en nuestros territorios cuando por circunstancias especiales ha sido llamado, y logra derechos por medios subrepticios que esgrime después como legítimos y hon-

rosos. Y si es culpable el extranjero pirata, en un grado mayor lo es el nacional que le vende un pedazo de la soberanía, con lo que justifica y hasta defiende a su cómplice. Cada una de las intromisiones de los extranjeros es el resultado de una aceptación interior, cuando no de una traición.

El fracaso de la unión de Centroamérica se debió a muchas dificultades surgidas por la imprevisión. Nicaragua inició el desastre. Los compromisos que sus actuales directores tienen con los Estados Unidos y con negociantes norteamericanos, impidieron su adhesión al Pacto. Y luego la asonada guatemalteca completó aquella labor de desintegración.

Todas las vicisitudes y alternativas de ese proceso están descritas por el señor Sáenz con estilo ardiente de periodista moderno y entusiasta. Sus anatemas reproducen las emociones de una lucha incierta en favor de un ideal. Y son siempre cultos aunque severos. Que es cuanto se puede pedir a un escritor en el curso de una contienda trascendental y apasionada.

Enrique Gay Calvó.— *Cuba Contemporánea*, Habana, septiembre de 1922.

Nota.— Este artículo bibliográfico fue reproducido con amables comentarios en la «Revista de Filosofía» (Año IX, No 1, páginas 158 y 159, enero de 1923), dirigida en Buenos Aires por el eminente pensador argentino don José Ingenieros, recientemente fallecido.

Vicente Sáenz.—Cartas a Morazán.—Imprenta EL SOL.—Comayagüela, 1922.

Una reseña de las peripecias de la unión centroamericana intentada hace poco. Para nadie es un misterio hoy día cuáles fueron los poderosos agentes que determinaron el fracaso del pacto de federación. Los hispanoamericanos siguen pensando que la única prenda de la seguridad, de la independencia y el progreso de los pueblos centroamericanos es la unión. Pero los politicastroes corrompidos y ciertos extranjeros codiciosos se oponen a ella. Parece claro que el principal inconveniente esta vez fué el ominoso tratado Bryan-Chamorro, o mejor dicho la situación de vasallaje en que se encuentra Nicaragua. Por otra parte, ciertos políticos de oficio que aspiran a ser presidentes, ministros, altos funcionarios públicos, no ven con buenos ojos que se disminuya a la quinta parte el número de algunos cargos codiciables y fructuosos.

Los delegados nicaragüenses a la conferencia unionista pidieron la aceptación expresa del Tratado Bryan-Chamorro en el pacto federal; y también que se respetaran *los contratos hechos por el gobierno de Managua con banqueros de los Estados Unidos*, y que Nicaragua conservara diplomáticos propios (además de los de la Unión) acreditados en el extranjero (es decir, en Washington) «para todo lo referente a dichos contratos», aún después de constituida la Federación. Y a pesar de todas las concesiones de los demás países, Nicaragua retiró a última hora sus delegados.

Con todo, este libro es un testimonio, entre otros

muchos, de que el ideal unionista está vivo. El fracaso de la gestión federativa sirvió para poner de manifiesto cuán graves, cuán inminentes y cuán mortales son los peligros que amenazan a aquellas repúblicas. Si la América Central no está muerta, si posee aún el instinto de conservación, irá a la unión, a pesar de los traidores domésticos y de los explotadores extranjeros.—*La Reforma Social*, Nueva York.

**Polémica que el libro
“Cartas a Morazán”
suscitó en Tegucigalpa**

«Cartas a Morazán»

Hemos terminado la lectura del libro **CARTAS A MORAZAN**, publicado hace poco en esta ciudad por el distinguido escritor costarricense don Vicente Sáenz, y sus páginas acendradas en un sentimiento centroamericano fervoroso, nos dejan la impresión consoladora de que aún hay fuerza espiritual inagotable para el empeño magno de restaurar la Patria. En tres partes puede ser dividido para la crítica el libro del laborioso e inteligente colega: su recia campaña periodística en «La Prensa» de San José contra los tibios, los incrédulos y los enemigos de la unión centroamericana; la minuciosa y auténtica narración de los trabajos oficiales a favor de la misma causa; y la filosofía del autor, escrita con trazos de vital optimismo y derivada de los propios sucesos.

La parte primera es candente, como debió serlo en los instantes de la lucha desesperada y viril, pero para figurar en el libro hubiera sido de desearse que el culto escritor puliese al bravo periodista, y de esta manera el trabajo a vuela pluma no desentonaría tan acentuadamente de la serenidad prestigiosa del resto de la obra. El libro, así sea de combate, entendemos que debe ser austero, para vencer las veleidades del tiempo y abrir huella honda en el espíritu de los hom-

bres meditativos. En tal virtud nos parece sensible que al lado de lo digno de sobrevivir aparezca, en todo su rigor, lo destinado a la pugna del momento frente a frente del adversario.

Las reflexiones del señor Sáenz en presencia del desastre son en lo general atinadas y perspicaces, y revelan una aptitud que será más firme con el tiempo, para la inteligencia y la previsión de los problemas fundamentales de las sociedades que hablan español en el continente. Ahonda su facultad analítica y deduce con lucidez que recomienda en alto grado la amplitud y fuerza de su criterio. Sin embargo, en puntos de capital importancia el entusiasmo detenta un poco el acierto de sus juicios, por ejemplo, el que hace referencia a los motivos del reciente y doloroso fracaso de la Federación. El periodista los hace radicar en el procedimiento de nuestros hombres públicos; y sin negar la responsabilidad que les corresponde, el sociólogo los encontraría más bien en la deficiencia de la masa centroamericana. Somos afectos a las comparaciones, nos desinteresamos a menudo de las peculiaridades que entraña nuestra psicología, y de ahí que digamos con sinceridad, pero superficialmente: Bismarck hizo la unión de Alemania, Garibaldi hizo la unión de Italia, un hombre parecido debe hacer la unión de Centro América. Y sería más correcto sin duda averiguar cómo los Reyes Católicos hicieron la unidad de España, para aprovechar en nuestro servicio las lecciones que arroja el proceso de su acción constructiva. Pero no es el caso de engolfarse ahora en investigaciones históricas sino de concretar el pensamiento al problema de la unión nuestra,

* que involucra numerosos problemas de orden secundario. Por lo pronto sentamos esta afirmación: la unidad de Centro América será siempre una utopía en tanto no haya conciencia centroamericana.

El generoso anhelo de reconstruir la Patria nos hace creer que todo depende de que los políticos se pongan sinceramente de su parte, y la verdad es que si hubiese conciencia centroamericana, contra la voluntad de los políticos la unión se realizaría en breve tiempo. No se ha trabajado a lo serio el alma del pueblo para su eficaz contribución en el sentido unionista, y se ha pensado que con interesar a los directores hay de sobra. Pero la experiencia ha de convencer por fin a los unionistas apostólicos de que la única base real para que su ensueño venga a la realidad, es reducir a un solo bloque de opinión consciente el sentimiento nebuloso todavía de la universalidad de los centroamericanos. De paso haremos una cita elocuente. Honduras goza fama de ser en Centro América el país unionista por excelencia. Pues bien, hombres de mala fe, separatistas embozados, propagaron con éxito en diferentes lugares de la República y cuando la Asamblea Constituyente de la Federación estaba reunida, que se trataba de robar sus tierras a los indios, de imponer un Rey y de resucitar la esclavitud. Bajo el influjo de esta prédica estúpida, numerosas gentes sugestionadas se alistaban para la revuelta contra la unión centroamericana. Y sin embargo, los ilusos no dejan de comulgar con la creencia de que los hondureños somos unionistas como somos cristianos.

El trabajo, pues, debe adentrar con empeño per-

sist
cios
rica
cam

te
reco
men
su

sistente en el alma del pueblo, debe desvanecer prejuicios, debe en una palabra, hacer conciencia centroamericanista y cuando esto se consiga, estaremos ya en camino seguro de reconstruir la Patria.

Aparte estas observaciones, el libro de don Vicente Sáenz merece aplauso entusiasta y se lo tributamos, reconociendo en él a uno de los intelectuales centroamericanos y centroamericanistas de mejor porvenir, por su capacidad y su laboriosidad sobresalientes.

EXCELSIOR, Tegucigalpa, 9 de julio de 1922.

Comentable incidente periodístico

El diario «Patria», en su último número, al publicar una explicación caballerosa del señor Lic. don Alberto Mencos acerca de la actuación del Partido Liberal Federalista de Guatemala, consigna un editorial desatento e hiriente para el mencionado, distinguido diplomático. Lo cortés no quita lo valiente y era de esperar, en consecuencia, que ante las espontáneas y satisfactorias explicaciones del señor Lic. Mencos, el periódico que se dice esencialmente unionista, si no por convencimiento, sí por cultura, por lo menos guardase silencio. Pero todavía entendemos que la libertad de prensa y el valor periodístico deben traducirse en la agresión y la frase descompuesta, y en tal concepto erróneo lo ha puesto en práctica una vez más al aludido periódico.

Dijimos al comentar las «Cartas a Morazán» de nuestro estimado amigo don Vicente Sáenz, que el fracaso de la Federación radica en que realmente no existe una fuerte y definida conciencia centroamericana y ratificando esta tesis, tenemos que agregar que, de acuerdo con un ilustre pensador español contemporáneo, pensamos que la construcción de las nacionalidades se verifica por procesos de incorporación, promovidos por núcleos de fortaleza psicológica y si se quiere material imperativa. Esos núcleos faltan en

Cen
ses
en l
liada
no c
Si l
cien
añac

refer
riod
la v
imp
bier

Centro América, pues desgraciadamente los cinco países se equilibran, en lo que respecta a su deficiencia, en los dos órdenes apuntados. Es pecar de superficialidad o de apasionamiento inoportuno atribuir a fulano o a Zutano la no restauración de la Patria Grande. Si la deseamos de veras, apliquémonos a hacer conciencia, a concentrar energía, y la unión vendrá por añadidura.

Lamentable por demás es el incidente a que nos referimos, y hacemos votos porque penetre en los periodistas el convencimiento de que no es por medio de la violencia como se ejerce y consolida la libertad de imprenta. La templanza y la caballerosidad son, antes bien, su vehículo más seguro.

EXCELSIOR, Tegucigalpa, 11 de julio de 1922.

Carta abierta sobre unión y otros tópicos.—Los puntos sobre las íes y también sobre las jotas.—Nerón convertido en santo, Calígula en apóstol, y en hermanos gemelos de Francisco de Asís o de Vicente de Paul, Rosas, Melgarejo y el Dr. Francia.

Tegucigalpa, 12 de julio de 1922.

Señor don Matías Oviedo,

E. S. M.

Mi querido amigo y estimado colega:

Perdóneme si tercio en un asunto el cual creo es deber mío abordar, ya que a propósito de él («Lamentable incidente periodístico», nota editorial, Excelsior, 11 de julio de 1922) tiene Ud. la bondad—que mucho le agradezco—de referirse una vez más en su prestigiosa hoja a mi libro, «Cartas a Morazán», recientemente publicado.

Permanecer silencioso significaría que yo acepto tácitamente las afirmaciones de Ud. acerca del fracaso unionista, o de la imposibilidad de unión en los tiempos que corren, por «deficiencia de la masa popular centroamericana».

QUIEN CALLA OTORGA es refrán tan verdadero y en tantas ocasiones probado que si Salomón lo hubiera escrito, es muy de suponer que su lugar sería preferente entre los sapientísimos proverbios que nos legara. Por eso me imagino que si las personas de buen juicio no deben experimentar rubor alguno en hacer franca confesión de OTORGAMIENTO, cuando comprenden que la razón los abandona, no tiene excusa, por el contrario, el que OTORGA silenciosamente por razones más o menos fútiles, cuando está en lo cierto.

Esas razones, que me aventuro a calificar de fútiles, podrían llamarse cortesía, respeto, caballerosidad, las que Ud. cita. Entendiéndose—es necesario advertirlo—que las mencionadas dotes hidalgas se están aduciendo en donde no caben.

Yo tengo la pretensión de ser cortés, de ser caballeroso, de respetar el prójimo: a una dama le rindo el sombrero y le dejo a su disposición el más transitable paso de la acera; al señor don Perencejo procuro saludarlo con la mayor gentileza; a don Fulano y a don Zutano, ciego o cojo, les doy el brazo para que no tropiecen al bajar del automóvil.

Pero de acuerdo con el criterio que usted esboza en su editorial de ayer, yo resultaría ser un gran «descortés» porque he sido «irrespetuoso» con los enemigos de Centro América, llámense Zelaya, Estrada Cabrera,

Chamorro y sus secuaces, cuyo tratamiento de «excelentísimo» me ha hecho—y a todos los lectores ha de hacerles—mucho gracia.]

Me parece que los centroamericanos avanzamos: antes no se podía proclamar la verdad histórica porque el palo, el grillo o el cepo aguardaban al que osara decirlo o darle curso por escrito. Ahora debe callarse por cortesía, por respeto, por caballerosidad, allí donde no siguen imperando los sátrapas que ahogan toda voz. ¿Será eso posible?

Si tal hubiera sido el sentir universal desde remotas edades, a estas horas Nerón sería un santo, Calígula una especie de apóstol, Luis onceno la personificación de la virtud. Y los historiadores del siglo pasado, por caballerosidad, nos presentarían a Rosas, a Melgarejo y al Dr. Francia como si fuesen hermanos gemelos de Francisco de Asís o de Vicente de Paul. No hablemos de la idea que las generaciones venideras tendrán de un Regalado y de otros matones de la nacionalidad morazánica, si la cortesía mal entendida y peor interpretada hubiere de prevalecer, anulando la relación verdadera de los hechos.

Expresado lo anterior tengo la absoluta seguridad de que usted, mi estimado amigo, se halla dispuesto a ceder. Lleguemos entonces a la CONCLUSION NUMERO UNO: La cortesía personal hacia el prójimo termina allí donde la Historia empieza. O en otras palabras, don Mengano ya no se llama don Mengano

cuando asume, por bien o por la fuerza, de hecho o de derecho, una alta posición pública de la cual resultan forzosamente responsabilidades más o menos grandes.

Sobre la base de que al culpable en tejes y manejes nacionales debe censurársele su mala actuación (acepto y siempre he practicado la cortesía de forma), volvamos al punto primitivo, a saber: ¿podré otorgar, callando, en aquello de «la deficiencia de la masa centroamericana para hacer la unión»?...

Vamos por partes, mi querido don Matías. En su comentario al libro, hace pocas semanas, usted manifestó: «El sociólogo encontraría los motivos del reciente y doloroso fracaso de la Federación en la deficiencia de la masa centroamericana»... «Por lo pronto sentamos esta afirmación: la unidad de Centro América será siempre una utopía en tanto no haya conciencia centroamericana»... «El generoso anhelo de reconstruir la Patria nos hace creer que todo depende de que los políticos se pongan sinceramente de su parte, y la verdad es que si hubiera conciencia centroamericana, contra la voluntad de los políticos, la unión se realizaría en breve tiempo».

En resumen, ese comentario niega la responsabilidad separatista de los hombres públicos para achacarla a la ausencia de alma nacional centroamericana, lo que en su nota de ayer usted ratifica de la siguiente manera: «Es pecar de superficialidad o de apasiona-

miento inoportuno atribuir a Fulano o a Zutano la no restauración de la Patria Grande».

¿Y entonces, mi querido colega, que razón tuvo el envío de delegaciones a San José de Costa Rica para firmar el Pacto Federalista? ¿Cómo Ud. y sus compañeros del Congreso ratificaron por unanimidad ese Convenio, estando seguros de la falta de conciencia centroamericana? ¿Si representaban una farsa, a quién pretendían engañar?

Eso es muy extraño, señor, porque allá se nos demostró el entusiasmo desbordante que por la Federación había. Y de entonces a esta fecha solo 18 meses han transcurrido.

Posteriormente fué promulgada y solemnemente jurada la Constitución de la nueva República. ¿Para qué se hizo esa nueva ley fundamental?... ¿No midieron ni recordaron los que en el último movimiento tomaron parte activa que corrían el riesgo de trocarse en perjuros?... Es significativo empero el hecho innegable de que ese pueblo, esa masa centroamericana, acudió entusiasmada a los comicios cuando se trató de elegir autoridades federales.

Pero bien, volvamos la hoja de este asunto contradictorio y estudiemos con el sociólogo, que Ud. menciona, el fondo del problema. Voy a aceptar lo que no creo: la ausencia de alma nacional centroamericana. ¿Podrá crecer y desarrollarse esa alma, esa conciencia, con el cuerpo hecho pedazos? ¿Es concebible que exista alma

nacional mexicana, verbigracia, si cada uno de los Estados de esa Federación fuese y se llamara República soberana e independiente?... Formaríanse a lo más almas nacionales de Chihuahua, de Sonora, de Tabasco, de Veracruz, como separados se forma y seguirá formándose la de Honduras, de Guatemala, de Costa Rica.

Tenga por averiguado, mi bondadoso amigo, que América no hubiera hecho su independencia si Bolívar, Sucre, San Martín, Washington, Hidalgo, Morelos, del Valle, los Herrera y tantos otros próceres, hubiesen esperado la formación de la conciencia americana.

Y los Estados Unidos no serían lo que son, si los federalistas del Norte hubieran decidido dar tiempo a los localistas del Sur para que se les desarrollara esa alma nacional, que Ud. desea ver constituida en Centro América antes de ofrecerle la estructura que necesita para manifestarse.

Una vez más voy a repetir estas palabras de Jacinto López: «El progreso no es anterior sino posterior a la formación de las grandes unidades nacionales. Es una consecuencia. Es el resultado de la capacidad nacional para la vida y el crecimiento progresivo. El fracaso de la Gran Colombia se debió a las pasiones, las ambiciones, los bajos intereses, la falta de comprensión de los grandes fines que el glorioso ideal de Bolívar entrañaba».

Igual cosa puede afirmarse del alma nacional. No es anterior, como el progreso, sino posterior a la formación de las grandes unidades nacionales. «Para que los grandes ferrocarriles trascontinentales fueran posi-

bles fué antes necesaria la conquista de California», dice el mismo autor. Y con los ferrocarriles, con el progreso, con los vínculos materiales, se formó la capacidad que era indispensable a California para que en ella se albergara el alma, la parte de conciencia norteamericana que le correspondía. Pero advierta usted: fue antes necesaria la conquista de aquel Estado.

Lo mismo que en la Gran Colombia ha sucedido entre nosotros: las pasiones, los bajos intereses, la ambición desmedida, la falta de virtudes públicas han roto repetidas veces la República Federal Centroamericana. Y todos esos vicios no son inherentes a la masa del pueblo sino a las clases directoras. El pueblo no gobierna por más que se hable de democracia, porque siempre ha tenido amos que lo explotan y hostilizan.

La masa popular es la materia prima que usan los hombres que mandan, para modelar con ella la figura nacional. Si en lugar de políticos ambiciosos o de tiranos estrechísimos hubieran prevalecido en Centro América gobernantes con la visión de Cabañas, Herrera o Juan Rafael Mora; si después del glorioso militar hondureño hubiésemos contado siquiera con unos pocos Morazanes en diminutivo, ya tendríamos comunicaciones rápidas, y estuviéramos unidos, y el alma nacional centroamericana se hallaría bien encauzada y no tan maltrecha como en el presente.

He de repetir pues con la mayor franqueza que la Federación de 1921 se rompió, no por culpa de la masa,

la pobre masa popular tan calumniada siendo siempre la víctima, sino por culpa de los políticos militantes a quienes el nuevo estado de cosas no era grato.

Ellos, Fulano, Zutano, Perencejo, la rompieron porque tenían las armas para mantenerse aislados. Si el Gobierno Central hubiera dispuesto de los cuarteles, la República Mayor subsistiría porque la masa popular deficiente que Ud. menciona, de la cual salen los soldados, dispara su rifle hacia el lugar que los jefes le señalen.

El recluta de estos pueblos, ignorante de todo, ha servido a los mayores tiranos, a los peores enemigos de su bienestar, a los más responsables de su lamentable retraso. Pues de igual manera, y no ya inconscientemente, lucharía por un gobierno federal que le garantizara libertad de trabajo, que lo educara, que procurara enaltecerlo al revés de lo que han hecho un Estrada Cabrera, un Zelaya, para no citar sino a los contemporáneos. Es cuestión de encauzar a esa masa directamente a la unión, sin permitir que de allí la saquen los politiqueros ambiciosos. Cuando estos últimos prevalecen y su fortaleza bélica es mayor que la de los unionistas, dominan al pueblo y lo manejan a su albedrío. Ellos son entonces, (Fulano, Zutano) los responsables de la desunión. Ellos, no la clase dirigida que en todas partes del mundo sigue a sus directores cuando son fuertes. Y si se niega a seguirlos, es arreada por ellos a viva fuerza.

Y como veo, entre paréntesis, que se inclina Ud. al estudio de estos problemas sociológicos, me voy a permitir recordarle que para la MASA POPULAR es

lo mismo un emperador, un rey, un consejo federal, siempre que su libertad económica esté asegurada.

Pueblo rico es terreno árido para la revuelta. Garantice el Gobierno de Guatemala el pan a los indios; tenga su cocina y su corral repletos el pencho de Honduras; solácese el concho costarricense al contemplar su huerto, lleno de legumbres, y habrán terminado para siempre las revoluciones, y el alma nacional se irá desarrollando.

Este solo argumento acaba con su esperanza de que la conciencia nacional centroamericana se forme estando aislados, porque Centro América unida se encuentra en mejores condiciones para lograr todo eso al amparo de la paz, que cualquiera de las cinco tribus en perpetua inquietud y dolorosos motines. Lo demuestra el hecho que Ud., y yo, y todos contemplamos: ni un levantamiento se registró contra el Gobierno Federal Provisional durante los meses en que estuvo gobernando. La acción del 5 de Diciembre no fue hecha por la masa del pueblo, salvo que usted coloque en ella a la Directiva del Partido Liberal Federalista.

CONCLUSION NUMERO DOS: Si determinados hombres (casi siempre geniales) modelan la estructura de una nacionalidad y la guían por la senda de su bienestar y de su evolución, también determinados hombres (generalmente ambiciosos, pequeños y de estrechas miras) cuando tienen la fuerza pueden destrozar esa estructura, de acuerdo con sus conveniencias, sin que de ello pueda inculparse a la masa popular.

Finalizo esta ya larga epístola, mi distinguido colega, con la convicción de que Ud. está conmigo en lo que he dicho. Puede tener seguridad de que en mi libro no usé de la pasión ni fui superficial al emitir los juicios que a Ud. le parecen engendrados por el entusiasmo. Mucho medité el paso de sentar las responsabilidades consiguientes, no olvidando la psicología de nuestro pueblo ni sus manifestaciones sociológicas.

Estamos, pues, de acuerdo: a).— En que así como a Washington, a San Martín, a Garibaldi, se les venera como fundadores de sus nacionalidades, también ha de aceptarse que hay culpables determinados contra la formación de grandes países. Y b).— En que a estos culpables debe señalárseles, refiriéndose la caballerosidad a la forma pero no al fondo, puesto que ello implicaría la negación de lo verídico.

Llegados a este acuerdo sólo nos quedaría un punto discutible: el de si en las páginas de mi libro hago injusticia a quienes acuso como destructores de la joven República.

Ud. habrá visto que no me cebo contra nadie. Narro los acontecimientos, refiero lo que he podido comprobar personalmente, me duelo de la actitud de unos y de otros. La responsabilidad va cayendo sobre todos los que la tienen sin sombra de violencia.

Pude haberme equivocado porque nadie es infalible; pero le prometo, a fuer de leal y de sincero, que estoy dispuesto a rectificar cualquier error de trascendencia. Yo lo invito cordialmente a que discutamos responsabilidades, y si me convence no otorgaré callando: otorgaré reconociendo que estuve equivocado,

públicamente, para que la Historia no engañe a los hombres de mañana y puedan laborar sobre bases más sólidas por la unión de Centro América.

Entrémos de lleno a la polémica seria, a la polémica respetuosa pero no engañosa, amigo mío. Condenado el insulto, abolido el dicitario, lleguemos al campo de la idea, brindando una ocasión a los inculpados para que se defiendan. Inocentes, yo seré el primero en tenderles la mano y en hacerles justicia con toda la fuerza de mi corazón centroamericanista.

¡Ojalá que no guarden silencio ellos, o Ud. por ellos, para que surja y brille esplendorosa la verdad! Recuerde el sapientísimo adagio que no escribió Salomón y que, con permiso del autor, podría ocupar un sitio preferente en el «Libro de los Proverbios».

Su muy atento amigo y colega afectísimo,

VICENTE SAENZ.

«PATRIA», Tegucigalpa, 14 de julio de 1922.

Contestación a una carta abierta

El distinguido periodista don Vicente Sáenz dirige al Director de EXCELSIOR una carta abierta, desde las columnas de nuestro colega «Patria». Motiva el documento en cuestión una nota editorial nuestra en referencia a la unión de Centro América y a los últimos sucesos ocurridos en Guatemala el 5 de diciembre último.

Hemos venido sosteniendo que no existe una firme y definida conciencia centroamericana y que, al tenor de esta realidad incontrovertible, no puede decirse con criterio histórico y sociológico que la no realización del ideal morazánico se debe a la falsía o a la indiferencia de nuestros políticos. No está de acuerdo con nosotros el culto escritor y nos cita a polémica. En buena hora; pero necesitamos sentar bases concretas y dedicarnos a una investigación de raza, topografía, clima e historia para no confundir lo transitorio con lo permanente; para no presentar a los que nos lean la impresión caldeada del instante como lo esencial, que tiene sin duda raíces hondas, tan hondas que vamos a tardar tiempo bastante en desentrañarlas. Lo contingencial, en nuestro caso, es lo que el culto escritor ha tomado por primario; y si nuestra discusión se cifrase en este punto de vista, perderíamos tiempo precioso y no conseguiríamos más que exacerbar rencores

meramente personales. Nuestro objetivo debe ser muy otro, si nos anima el deseo de esclarecer el problema y lográndolo, contribuir a que la campaña en pro de la Federación se oriente en un cauce menos impráctico, menos superficial, como hemos dicho antes.

No pretendemos estar en posesión de la verdad y porque reconocemos modestamente nuestra deficiencia, hemos buscado el apoyo necesario. La investigación no se hace de una vez ni por un solo hombre; y en tal virtud la concurrencia es uno de los imperativos de la sociología, como de las otras disciplinas científicas, tanto más decisiva, cuanto mayor es la afinidad espiritual de los investigadores y de los pueblos para los cuales se investiga.

En nuestro anhelo de encontrar las causas de nuestra desunión hemos recurrido insistentemente a España, de cuya sangre hay átomos en el elemento centroamericano y el que, por esto mismo, tiene alguna identidad psicológica con aquel pueblo; y entre los investigadores actuales nos atrae sobremanera don José Ortega y Gasset, tenido en su país y afuera como una de las más perspicuas inteligencias. Pues bien, hemos de citar algo de lo que él ha escrito en su libro «España Invertebrada» y que se relaciona íntimamente con el negocio a que nos contraemos.

Por ahora sólo citaremos estos párrafos: «El poder creador de naciones es un «quid divinum», un genio o talento tan peculiar como la Poesía, la Música y la invención religiosa. Pueblos sobremanera inteligentes han carecido de esa dote, y, en cambio, la han poseído en alto grado pueblos bastante torpes para las

faenas científicas o artísticas. Atenas, a pesar de su infinita perspicacia, no supo nacionalizar el Oriente mediterráneo; en tanto que Roma y Castilla, mal dotadas intelectualmente, forjaron las dos más amplias estructuras nacionales. . . . «En toda verdadera incorporación, la fuerza tiene un carácter adjetivo: la potencia sustantiva consiste siempre en un dogma nacional, un proyecto sugestivo de vida en común. Repudiamos toda interpretación estática de la convivencia nacional y sepamos entenderla dinámicamente. No viven juntas las gentes sin más ni más *ni porque sí*; esa cohesión *a priori* sólo existe en la familia. Los grupos que integran un Estado viven para algo: son una comunidad de propósitos, de anhelos, de grandes utilidades. No conviven para estar juntos, *sino para hacer juntos algo*. Cuando los pueblos que rodean a Roma son sometidos, más que por las legiones, se sienten injertados en el árbol latino por una ilusión.

«Roma les sonaba a nombre de una gran empresa vital donde todos podían colaborar; Roma era un proyecto de organización universal; era una tradición jurídica superior, una admirable administración, un tesoro de ideas recibidas de Grecia que prestaban un brillo superior a la vida, un repertorio de nuevas fiestas y mejores placeres. El día que Roma dejó de ser este proyecto de cosas por hacer mañana, el Imperio se desarticuló. «Por muy profunda que sea la necesidad histórica de la unión entre dos pueblos, se oponen a ella intereses particulares, caprichos, vilezas, pasiones y más que todo esto, prejuicios colectivos instalados en la superficie de alma popular que va a aparecer como sometida.»

* Cortamos aquí la cita porque va a lo largo. Oportunamente vamos a ver cómo siendo la unión de Centro América movida por un gran ideal, éste, sin embargo, no ha penetrado en la conciencia centroamericana; y cómo, por no haber penetrado, contra la unión están alerta «los prejuicios colectivos instalados en la superficie del alma popular que va a aparecer como sometida.»

Y excúsenos el culto escritor esta observación. La unión centroamericana se nos parece a la unión matrimonial. Cuando uno va a casarse no le dice a la novia: casémonos que después veremos si nos amamos. Pues así la unión de Centro América: lo primero es formar *la conciencia, convertirla en amor*, para que luego se verifique. Y el amor, desgraciadamente, todavía está en veremos.

«EXCELSIOR», Tegucigalpa 17 de julio de 1922.

En la Polémica

I

No se deben tomar como base el amor ni el matrimonio.

Quédese la pasión amorosa para Romeo y Julieta, Abelardo y Eloísa, los Amantes de Teruel.

El señor Director de EXCELSIOR, mi estimado colega y muy querido amigo don Matías Oviedo, escribe en la edición última de su importante cotidiano que acepta la polémica a la cual me permití llamarlo el 12 del corriente. En mi carta abierta de esa fecha me pareció haber demostrado que: Si determinados hombres (casi siempre geniales) modelan la estructura de una nacionalidad y la guían por la senda de su bienestar y de su evolución, también determinados hombres (generalmente ambiciosos, pequeños y de estrechas miras) cuando tienen las armas en la mano pueden destrozarse esa estructura de acuerdo con sus conveniencias, sin que de ello pueda inculparse a la masa popular. A éstos—dije—debe censurárseles sin rodeo alguno para

evitar confusiones históricas, refiriéndose la caballerosidad a la forma pero no al fondo, puesto que ello implicaría la negación de lo verídico. Agregaba que, llegados a este acuerdo, sólo nos quedaría un punto discutible: el de si en las páginas de mi libro hago injusticia a quienes señalo como responsables del fracaso de la joven República.

El señor Oviedo prefiere evadir este aspecto de la discusión, "porque no conseguiríamos más que dar fuerza a rencores meramente personales". Muy bien. Ayer por caballerosidad, hoy para no exacerbar odios de políticos interesados, pasamos cerca de ese capítulo esencial sin tocarlo para que no se desaten las pasiones.

¿Qué nos queda entonces para la polémica? Insiste el fino colega en sus apreciaciones acerca de la necesidad de que se forme la conciencia centroamericana antes de hacer la unión (estoy plenamente convencido de que la conciencia centroamericana existe), y cita entre los investigadores de asuntos sociológicos al eminente escritor don José Ortega y Gasset, algunas de cuyas observaciones reproduce.

La opinión del referido sociológico no deja de ser abstracta, y apenas si comprende vagos aspectos del trascendental problema de la formación de nacionalidades. Sobre este asunto existe ya una jurisprudencia universalmente aceptada, que ni el señor Ortega y Gasset ni el señor Oviedo podrán variar. Ratzel, Vidal de la Blache y Vaillaux, que han estudiado a fondo el desenvolvimiento de la Nación Helénica, no están con el precipitado autor español en lo que afirma.

Aceptada la polémica por el señor Oviedo sobre

bases «científicas», tengo mucho gusto en manifestarle mi asentimiento. Entre otros autores me serviré del mismo Director de «Excelsior», cuyos artículos leí en Costa Rica con verdadero entusiasmo, pues me daban sabrosa argumentación contra el separatismo. Yo invito al señor Oviedo a una revisión de su propia literatura unionista, para que se pueda convencer de que está nadando contra la corriente que hace pocos meses seguía.

Mientras iniciamos a fondo la discusión «científica», me permito contestar a lo siguiente que ayer publicó mi estimado amigo: «La unión centroamericana se nos parece a la unión matrimonial. Cuando uno va a casarse no le dice a la novia: casémonos que después veremos si nos amamos. Pues así la unión de Centro América: lo primero es formar *la conciencia, convertirla en amor*, para que luego se verifique. Y el amor, desgraciadamente, todavía está en veremos».

Acepto lo imposible: la ausencia de afecto entre los pueblos del Istmo. Pues bien, lo del matrimonio *por amor* no cabe en la formación de una gran unidad nacional. Si acaso lo del matrimonio *por conveniencia*. Los wurtemburgueses no amaban a los prusianos, ni los federalistas del Norte a los localistas del Sur en Estados Unidos. Eso lo sabemos todos, y sin embargo los unieron sus padres o tutores. Hasta la fecha viven en la serena paz del hogar común. El amor nació después. Algo semejante ha ocurrido a los minúsculos Estados italianos, en donde multitud de señores feudales predicaban y mantenían el aislamiento. Si Lincoln, Cavour y el Canciller de Hierro hubiesen esperado que naciera el amor, sólo habría prevalecido

la división provocada por los grandes y pequeños caciques. Estas uniones guiadas por espíritus previsores se asemejan a los matrimonios que entre nosotros se efectuaban en el siglo pasado: los padres hacían la boda y los hijos aceptaban sin titubear la decisión paternal. Después, conviviendo, llegaban a quererse, a estimarse, a respetarse profundamente. Tal vez eran más santos y más felices los hogares de entonces que los hogares de hoy.

Por si lo anterior no bastare a mi estimado colega, voy a decirle lo que contesté repetidas veces a los enemigos de la unión en Costa Rica, cuando usaban los mismos argumentos que hogaño lo seducen y antaño combatía el Sr. Oviedo: los del acercamiento amoroso.

Los alajuelenses y ramonenses no se aman ni cosa por el estilo en aquel Estado. Tampoco quieren los santanecos a los de San Salvador, ni los de Quezaltenango a los guatemaltecos, ni los oriundos de León a los oriundos de Granada, ni partían peras hace algún tiempo los habitantes de Comayagua con los de Tegucigalpa. Pues bien, pese a todos los rencores lugareños, se cobijan con la misma bandera local en Costa Rica unos y otros, así como en Guatemala, y en El Salvador, y en Nicaragua, y en Honduras.

Ese amor ideal que pregona el Director de «Excelsior» lo podrían sentir Romeo y Julieta, Abelardo y Eloísa, los amantes de Teruel. Pero no espere encontrarlo ni formarlo en pueblos o en sociedades, mucho menos si no se ven ni se oyen por culpa de sus directores que no lo procuran. Confórmelese con la esperanza de que, unidos, vivan en paz y en sosiego.

El amor absoluto no se encuentra ni entre los habitantes de un barrio, ni entre vecinos, ni entre profesionales. El rencor, la envidia, la pasión en todas sus formas y en todas sus manifestaciones son debilidades del hombre. Sería hermosísimo llegar a un grado máximo de perfección y de confraternidad. Pero antes es necesario compenetrarse en ideas, en anhelos, en sentimientos. Tal cosa únicamente se logra por medio de la unión, así como el desarrollo del alma nacional jamás se efectuará permaneciendo divididos.

Por eso dije que en estos asuntos no deben tomarse *como base* el amor ni el matrimonio *por amor*, según quiere don Matías Oviedo.

VICENTE SAENZ

«PATRIA», Tegucigalpa, 18 de julio de 1922

Contestación a una carta abierta

II

¿Cuándo hemos vivido realmente fusionados los centroamericanos? La historia aborigen, la historia de la colonia y la de nuestra vida independiente, atestiguan de consuno, antes bien, que el centroamericanismo en el sentido de solidaridad nacional, ni en lo social, ni en lo político, ni en lo administrativo, ha representado un hecho indicador de vida en común. En ciertos espíritus comprensivos, desinteresados y selectos, el centroamericanismo ha sido norte de una amplia y generosa concepción patriótica; y en sus aras ha oficiado desde la palabra que advierte el porvenir, hasta la acción, desgraciadamente efímera, que al heroísmo constructivo rinde su tributo; pero esos espíritus comprensivos, desinteresados y selectos, se han preocupado poco de sumar fuerzas, de hacer conciencia popular y casi puede decirse que han operado en el vacío, de espaldas en lo general a la masa y fijos los ojos en el Poder Público, que representa intereses locales en cada sección, a considerable distancia de los intereses idealistas de la unidad de Centro América. Por una parte ha faltado energía de proselitismo y por otra no se ha tenido en cuenta que los directores de la sociedad valen en el concepto de su influencia sobre las masas, sólo

en la medida que éstas les consideran como sus arquetipos. Y aquí volvemos a citar a Ortega y Gasset: «La acción pública-política, intelectual o educativa es según su nombre indica, de tal carácter, que el individuo por sí sólo, cualquiera que sea el grado de su genialidad, no puede ejercerla eficazmente. La influencia pública o, si se prefiere llamarla así, la influencia social, emana de energías muy diferentes de las que actúan en la influencia privada que cada persona puede ejercer sobre la vecina. Un hombre no es nunca socialmente eficaz por sus cualidades individuales, sino por la energía social que la masa ha depositado en él. Sus talentos personales fueron sólo el motivo, ocasión o pretexto para que se condense en él ese dinamismo social. Así, un político irradiará tanto de influjo público cuanto sea el entusiasmo y confianza que su partido haya concentrado en él.»

En orden a estas ideas, entre los que refieren al Gobierno la misión de llevar a cabo la unidad de Centro América, y el distinguido escritor señor Sáenz es uno de ellos, y los que pensamos que la unión debe realizarse de abajo a arriba, por la conciencia de la masa popular, hay esta diferencia: ellos propician el autoritarismo, el sistema de fuerza, y nosotros deseamos el prevalecimiento del Derecho, mediante la capacidad deliberante de la propia masa. Hay que ir a ella, hay que ilustrarla en los postulados de la unión, hay que democratizarla; y quienes esto hagan gozarán de su favor y en virtud de la influencia recíproca harán la unión, con o sin el consentimiento de los gobiernos.

Pero padecemos el mal que aqueja a España, se-

gún testimonio del mismo Ortega y Gasset, y debemos observar que desde hace muchos años, en el periódico, en el sermón y en el mitin, se renuncia desde luego a convencer al infiel y se habla sólo al parroquiano ya convicto. A esto se debe el progresivo encanijamiento de los grupos de opinión. Ninguno crece; todos se contraen y disminuyen. Los «drusos» del Líbano son enemigos del proselitismo por creer que el que es «drusista» ha de serlo desde toda la eternidad. En tal sentido somos bastante drusos todos los españoles. Nos falta la cordial efusión del combatiente y nos sobra la arisca soberbia del triunfante. No queremos luchar; queremos simplemente vencer. Como esto no es posible preferimos vivir de ilusiones, y nos contentamos con proclamarnos ilusamente vencedores en el parvo recinto de nuestra tertulia de café, de nuestro casino, de nuestro cuarto de banderas o simplemente de nuestra imaginación. Quien desee que España entre en un período de consolidación, quien en serio ambicione la victoria, deberá contar con los demás, aunar fuerzas y, como Renán decía, «excluir toda exclusión». La insolidaridad actual produce un fenómeno muy característico de nuestra vida pública—que deberían todos meditar—: *cualquiera tiene fuerza para deshacer— el militar, el obrero, este o el otro político, este o el otro grupo de periódicos—; pero nadie tiene fuerza para hacer, ni siquiera para asegurar sus propios derechos*.

He ahí el punto central del problema centroamericano.

«EXCELSIOR», Tegucigalpa, 18 de julio de 1922.

Contestación a una carta abierta

III

Tiene en su obra profusa Pedro Krotpkine un libro de observación científica por demás interesante: «El apoyo Mutuo», en cuyas páginas demuestra que desde el animal inferior hasta el hombre, principiando en el clan y pasando por las ciudades libres de la Edad Media, en cuya época los gremios llegaron a su mayor auge, el espíritu de sociabilidad para la cooperación y la defensa, es el elemento de mejor eficacia en el sentido del progreso. Pues bien, el espíritu de sociabilidad ha sido y es en Centro América no una cosa natural sino una cosa extraordinaria. Parece que en nuestros ambientes las leyes sociales y políticas estuviesen llamadas a fracaso permanente, pues de lo contrario, ya, desde mucho tiempo atrás, se hubiese impuesto la necesidad de reducir nuestras cinco débiles fracciones a una sola, vigorosa por su cohesión uniforme. Pero hay que reconocer que la masa, abandonada a la ignorancia, a la miseria y a la esclavitud política, no es la culpable, sino las clases directivas esencialmente egoístas y anárquicas. Expresamos así nuestra adhesión sincera y firme a la causa de la reconstrucción nacional; pero a la vez ratificamos la diferencia de criterio y de método con los unionistas idealistas. Es

muy fácil establecer la comparación entre la unidad de Italia, de Alemania, de Estados Unidos de Norte América, etc.; pero esta comparación se reciente de antojadiza si no puede comprobarse que la raza nuestra, la historia nuestra, y todas las condiciones de nuestra idiosincracia, son iguales o afines a las de los países cuyo ejemplo se trae al caso.

No vayamos muy lejos. Hablemos perentoriamente de los Estados Unidos. La unión norteamericana no fue hecha por la voluntad de caudillos, de gobernantes, o de oradores y periodistas. Se hizo por el espíritu y por el incentivo de empresas grandes. La mentalidad más o menos armoniosa desde el origen de la colonización y el esfuerzo empresario sobre todo, fueron los sustentáculos y los vehículos de la fundación nacional. No hubo romanticismo sino acción emprendedora; y la acción tendiente a la solidaridad, arrancó de un tradicional espíritu de vida sociable. Carlos Pereyra en su libro «La Obra de España» refiere que audaces españoles, portugueses, franceses, etc., fueron también colonizadores en territorio norteamericano, siendo eliminados en el curso del tiempo, precisamente por su inadecuación al hombre de Inglaterra que era el predominante.

Los centroamericanos somos más o menos los mismos de Guatemala a Costa Rica, es cierto; pero motivos más superficiales que naturales, nos han mantenido como a la ostra en su concha, o sería mejor decir, como al infiel frente al cristiano: enseñándonos los puños. ¿Cuál debe ser entonces, el paso primero? La vida de relación, el acercamiento de nuestros intereses comerciales e ideológicos, la formación activa

de una conciencia común, que se ha procurado es verdad, por medio de documentos oficiales y de discursos elocuentes, sin efecto en la inmensa mayoría de los ciudadanos.

El culto escritor señor Sáenz en un editorial de «Patria», posterior a la carta abierta a que venimos refiriéndonos, nos ha dado la razón completa en este párrafo que destruye todos sus argumentos idealistas: «Honduras tiene las mejores carreteras de Centro América; pronto será posible trasladarse de Tegucigalpa al Atlántico en tres días, pero el ferrocarril es absolutamente indispensable a pesar de las carreteras. Existen caminos espléndidos entre Nueva York y Albany, entre Washington y Filadelfia, pero estas grandes poblaciones no se abrazarían como lo hacen a merced de automóviles o de diligencias. Los ferrocarriles son el «gran simpático» de los pueblos». Estamos en todo de acuerdo con el distinguido escritor y si la capital de Honduras no puede abrazarse con la Costa Norte porque hace falta el ferrocarril, que es el «gran simpático» de los pueblos, ¿cómo piensa el estimado colega que podrán abrazarse los pueblos centroamericanos que no tienen ni siquiera carreteras que los comuniquen?

No se nos diga que los ferrocarriles vendrán después de la unión, porque o se hace la unión por la compenetración de nuestros intereses y así los ferrocarriles deben ser previos, o no se hará nunca, según lo tiene demostrado una larga experiencia.

El señor Sáenz quiere llevarnos concretamente al caso de diciembre en Guatemala y allí no llegaremos

porque no nos consideramos con derecho para remover cuestiones de la política vernácula de aquel país. Continuaremos con mucho gusto estudiando la peculiaridad de nuestro estado social y político con algunos intervalos, porque tememos aburrir; y poco a poco el distinguido escritor y nosotros puede que hagamos alguna claridad en el asunto, a beneficio de la causa que ambos abrazamos fervorosamente.

«EXCELSIOR», Tegucigalpa, 19 de julio de 1922.

En la Polémica

II

Los hechos históricos son más convincentes que las galanas frases de un escritor

* Me parece haber convencido al Sr. Oviedo de que, ni el amor ni el matrimonio *por amor*, se han de tomar como base en la formación de grandes unidades nacionales. Me refiero al amor ideal, al amor absoluto, al que Romeo sintiera por Julieta y Julieta por Romeo.

También debe aceptar mi estimado colega—y si no él los lectores que hubieren tenido paciencia de leer estos artículos—que a la *masa* únicamente se la puede considerar como la materia prima que usan los directores del pueblo, para modelar con ella la estructura de los países.

Yo he respaldado mis argumentos con hechos históricos, ninguno de los cuales ha negado el señor Oviedo. ¡Y la Historia es más elocuente que las galanas frases del más sabio escritor, que no puede ni cosa por el estilo formar jurisprudencia por sí solo!

Obedientes a la cortesía (cierta clase de mal entendida cortesía), por no exacerbar odios ni rencores, los dos nos hemos alejado del verdadero centro de la discusión, pero eso no significa que la responsabilidad de los fulanos o zutanos que la tienen haya desaparecido.

El mismo colega dijo ayer: «Debemos confesar que la *masa*, abandonada a la ignorancia, a la miseria y a la esclavitud política no es la culpable, sino las clases directivas esencialmente egoístas y anárquicas». Agradezco al señor Oviedo la gentileza con que me regala, dándome la razón. Son las clases directoras—dice el señor Oviedo—las responsables, las culpables... ¿de qué?... La caballerosidad (cierta clase de mal entendida caballerosidad), el anhelo incomprensible de no revolver pasiones, me ponen el índice en la boca. Los lectores, empero, se darán cabalísima cuenta de lo que estoy callando aquí, pero no en las páginas de mi libro.

En otro párrafo afirma el estimado compañero que algunos unionistas, entre los cuales me incluye, desean la unión forzada por medio de las armas y que él solo la espera y desea de abajo para arriba.

De abajo para arriba—con las mismas palabras—he proclamado en «Cartas a Morazán» que será el futuro movimiento, sin discursos diplomáticos, sin campaña, sin pompas oficiales, advirtiendo que *arriba* quiere decir en estos lares, mando, poder, gobierno. *Abajo*, previsión, estudio, patriotismo, con raras excepciones en que los factores están invertidos. La fuerza no se ejercería entonces contra la pobre *masa* sino con-

tra los separatistas armados, todopoderosos, que tienen a esa *masa* como el Sr. Oviedo declara: «abandonada a la ignorancia, a la miseria y a la esclavitud».

Más adelante se entusiasma el Sr. Director de «Excelsior», diciendo que lo acuerpo al escribir acerca de los ferrocarriles como el «gran simpático de los pueblos», porque si en un editorial digo que la capital de Honduras no puede abrazarse con la Costa Norte porque hace falta el ferrocarril, ¿cómo pienso que podrán abrazarse los países centroamericanos que no tienen ni siquiera carreteras que los comuniquen...?

El argumento se viene por tierra, pues la Costa Norte y Tegucigalpa están regidas *por el mismo gobierno*, a pesar de no abrazarse. Medite el señor Oviedo y dígame con toda franqueza si él opina que el ferrocarril se haría con más facilidad (así como se han hecho las carreteras) siendo la Costa Norte una república independiente de Honduras. De esta manera dejo también contestada su frase de que los ferrocarriles deben ser previos a la unión porque—¿tendré que repetirlo una vez más?—«el progreso no es anterior sino posterior a la formación de las grandes unidades nacionales».

Tenga por seguro don Matías que los cinco gobiernitos no harán, no podrán hacer progreso material centroamericanista. *Como resultado de la desunión* estamos viendo que es más difícil conseguir VAPOR para Costa Rica que para Estados Unidos. ¿No le basta a mi querido amigo la triste experiencia del pasado?

He refutado la argumentación del colega en lo que se refiere a puntos esenciales. Si es leal con su propia mentalidad y en las obsevaciones del Sr. Oviedo predomina la lógica por sobre la pasión partidarista, tendrá que estar conmigo en el fondo de estas cuestiones.

Dice que quiero llevarlo concretamente al caso de diciembre en Guatemala, y que allí no llegará por esto o por lo otro. Como guste. Pero ha de parar mientes en que no puede salir victorioso en una lid quien a ella no concurre.

Termina su artículo de ayer el muy estimado amigo, ofreciendo que continuará el estudio de la peculiaridad de nuestro estado social y político, con algunos intervalos para no aburrir. Muy bien. El caso concreto ha terminado. Abstractamente seguiremos tratando— «con algunos intervalos para no aburrir»— de una materia que serviría para escribir muchos volúmenes. En la edición de mañana, o en la de pasado mañana, o en cualquiera otra, hablaremos él y yo, en tesis general aplicada a Centro América, de la formación científica de nacionalidades y de las condiciones que se requieren.

Tal vez esto no sirva de gran cosa *en lo práctico*. Pero al menos demostraré al Sr. Director de «Excelsior» que le sería conveniente consultar a otros autores menos abstractos que su favorito, don José Ortega y Gasset, natural de España... salvo error u omisión.

Vicente SAENZ

La falta de paciencia

No desea el distinguido escritor señor Sáenz permitirnos la acumulación de los materiales necesarios para ahondar el problema de la unidad centroamericana, y nos censura que apelemos a la autoridad de escritores eminentes, en la búsqueda de luz para discutir sobre base más firme, que la ofrecida por el subjetivismo pasional en que los centroamericanos vivimos poseos. No tiene paciencia nuestro culto contrincante y cuando al adversario en esta clase de lides le falta esa virtud, no queda más recurso que el de colgar las armas para mejor oportunidad. Hemos querido hacer una investigación amplia, un estudio pausado y minucioso, porque pensamos que hasta hoy el problema de la unidad centroamericana ha sido tratado desde el generoso punto de vista de la exaltación romántica, pero no desde el austero punto de vista de las realidades sociológicas e históricas. Pero notamos que hay prisa por arribar a conclusiones del momento y talvez esté la razón de parte del señor Sáenz, pues las labores del periódico resultan violentas y más son para folleto o para libro estas tareas que, como hemos dicho, deben ser de meditación serena y de análisis acucioso. Vamos a concluir, pues, por la impaciencia del Sr. Sáenz, pero no sin hacer las afirmaciones categóricas a que de-

seábamos llegar después de la investigación y que más tarde, seguramente, podremos explicar con la extensión debida.

El señor Sáenz ha tomado el efecto por la causa. Ve el fracaso de la Federación Centroamericana en lo accesorio y no en lo fundamental. Para nosotros la frustración de esta nueva tentativa federalista no proviene de los hechos exteriores, que son una resultante, sino de los hechos íntimos, que son la raíz, el alma diremos, de nuestros errores, como entidades independientes, y de nuestros viacrucis en la aspiración de constituir una sola Patria. El ilustre pensador José Vasconcelos, a quien conoce bastante el señor Sáenz, nos decía no hace dos años en la capital de México, a propósito de la insolidaridad de la América Española, comparándola con la cohesión de los Estados Unidos, que nuestro mal reside en nuestra ignorancia, que nuestra anarquía procede de nuestra ineducación. Y el señor Vasconcelos, como Rector de la Universidad Nacional primero, y ahora como Ministro de Instrucción Pública, se empeña preferentemente en levantar el nivel intelectual y moral de sus compatriotas, por medio de la Escuela y el libro. Hay al servicio del Ministerio millares de Maestros conscientes de su cometido y la Casa Editora, dependiente también del Ministerio, arroja millares de volúmenes constantemente, que se distribuyen gratis en toda la vasta comprensión del territorio nacional.

Lo mismo haríamos nosotros—nos dirá el fervoroso señor Sáenz—si formásemos una indivisible nacionalidad; pero es el caso concreto e innegable que no

hemos podido formarla, precisamente porque el localismo que tenemos adentro es efecto de la ignorancia casi total de la masa centroamericana. Entonces, lo conveniente es realizar labor de civilización, hacer conciencia pública, que el día que esto haya de Guatemala a Costa Rica, ni serán posibles los cacicatos, ni habrá minorías osadas que intercepten la determinación popular de crear una sola República. Así nos parece que debe propiciarse la unión de abajo a arriba, ya que una larga y cruenta y estéril gestión inversa, nos demuestra la imposibilidad de hacerla de arriba a abajo. Porque la fuerza responde a intereses locales, porque siempre ha respondido a intereses egoístas, es que hemos dicho que la unión centroamericana debe hacerse por amor, que no es ni el carnal ni el romántico que supone el señor Sáenz, sino el amor a la nacionalidad, el amor a la soberanía, el amor a la reputación de colectividades respetables, que se traduce en el orgullo de pertenecer a una Patria próspera en lo interno, y considerada y tenida en cuenta para el trabajo de la civilización en el concepto de los pueblos fuertes, por su cultura y por su poderío económico.

El pueblo centroamericano quería la Federación y si ésta no se llevó a cabo fue por el obstáculo de ciertos políticos, se dice. Hay en esta afirmación falta de análisis y vehemencia de idealismo. Si el pueblo quisiese la Federación a conciencia, a verdadera conciencia, la Federación estaría en pie sobre cualesquiera circunstancias; el pueblo, que es la suprema fuerza cuando se decide a obrar, habría sometido de cualquier modo a los separatistas. Pero el pueblo permaneció

indiferente, el pueblo se redujo al silencio; y el querer en esta clase de asuntos no se manifiesta por la resignación, sino por el esfuerzo bravo que arrolla toda resistencia, cueste lo que cueste. Pues bien, esa indiferencia es ausencia de interés vital, es el dejar hacer pasivo de quienes no poseen la clamorosa e imperativa convicción de la causa que se les atribuye. Formada la conciencia centroamericana, repetimos, la unión se hará por la paz o por la guerra, pero se hará inquestionablemente.

Y en cuanto a nuestra actitud periodística en aquella gesta y ahora, no hay contradicción, querido colega. Hay simplemente el amargor de la experiencia. Propiciamos la unión por la iniciativa de los Gobiernos, porque somos unionistas acérrimos y nuestro deber como tales, es cooperar en todo movimiento unionista aunque se trate de esos movimientos que impulsa la casualidad. Frustrada la Federación, convencidos de que los gobiernos no la harán, estamos hoy en el plano de una nueva propaganda y como anhelamos que la unión se haga de veras, indicamos el único camino a seguir, el de la imposición de la mayoría, debidamente preparada, sobre el adversario, sean cuales fueren los medios que haya que poner en práctica.

Quedamos, pues, en que el señor Sáenz quiere la unión por la acción de la minoría concentrada en los gobiernos—generalmente localistas—y en que nosotros también la queremos, pero por la acción de las mayo-

rías, por la voluntad del pueblo organizado a ese fin, no importa que los gobiernos la adversen, que si la consienten o secundan sinceramente, será mucho mejor.

La diferencia es de forma, pues en el fondo ya se ve que estamos de acuerdo.

EXCELSIOR, Tegucigalpa, 21 de julio de 1922.

Termina la Polémica

• Consideraciones generales sobre el tema que abandona «Excelsior».

Mi buen amigo don Matías Oviedo dice que no le he permitido la acumulación de los materiales necesarios para ahondar el problema de la unidad centroamericana. Y que, como no tengo paciencia, cuelga las armas para mejor oportunidad.

El estimado compañero necesita basarse en algo para dar término y remate a la polémica. Pero como no dispone de un pretexto menos inadecuado, halla oportuno aducir el de mi *impaciencia*.

Yo creo que nadie podrá encontrar en los artículos que he escrito acerca de estos tópicos la más leve sombra de *impaciencia*. Serenamente he ido demostrando que el Sr. Oviedo no tenía razón en creer responsable a la masa del último fracaso unionista, ni en esperar que ella, la masa, hiciera lo que tienen que organizar los directores del pueblo. Serenamente apoyé mis argumentos en hechos históricos. Serenamente cuelgo también las armas porque me he quedado sin contrincante. Pero antes del "finis coronat opus" quiero hacer algu-

mas consideraciones generales, las que ofrecí, sobre el tema que ha creído oportuno abandonar el estimabilísimo amigo y muy apreciado colega.

* Para la formación de los países deben tomarse en cuenta diversos factores: suelo, proceso de continuidad histórica, raza, religión, idioma, aspiraciones más o menos semejantes, un ideal común, un propósito definido. Todo eso lo tenemos en Centro América, cuyos naturales y sus características en muy poca cosa difieren.

La población de El Salvador consta en los departamentos de Occidente de un tanto por ciento considerable de guatemaltecos, y en sus departamentos centrales y orientales hay una masa grande de hondureños. Nicaragüenses viven y trabajan en las diferentes secciones, así como familias enteras de El Salvador y de Costa Rica, desde hace muchos años, cambiaron de residencia para fijarla en uno u otro de los Estados. Puede afirmarse que la sangre centroamericana está bien mezclada, siendo muy frecuente el caso de que numerosos ciudadanos de cualquiera de estas repúblicas tengan deudos en las demás.

La nación centroamericana, una e indivisible, es anterior a la fragmentación artificial creada y explotada en provecho exclusivo del caudillismo bárbaro.

De suerte que no se trata de *crear* una nacionalidad, de articular elementos extraños, de fusionar ra-

zas antagónicas, de soldar metales de distinta naturaleza o de injertar una cucurbitácea en un árbol de la familia de los anacardos. Por el contrario, se trata de rehacer lo que existió por siglos y lo que tuvieron en mano nuestros abuelos, pues el fenómeno sociológico está invertido en Centro América desde que se rompió, desde que se dividió artificialmente—repito—el territorio de una nacionalidad que a pesar de los pesares permanece inmutable.

—

¿Quiénes se oponen al natural resurgimiento de la Patria? ¿Quiénes son los enemigos jurados de la nacionalidad? No se diga que la masa del pueblo, porque todos sabemos que únicamente combaten la reintegración política del Istmo unos pocos aprovechados de mentalidad ignara, que prefieren la vida de tribu a la vida de nación. Y son esos aprovechados del poder, caricaturas de señores feudales, quienes explotan a sus anchas departamentos y aldeas.

Sin embargo, no les ha sido posible matar el sentimiento nacionalista, ni se han atrevido jamás a decir públicamente que laboraban por la separación absoluta de estos pueblos, aunque de hecho así lo hicieren. Esto no deja de ser significativo.

—

En el infortunio se demuestran los afectos. Cuando la nacionalidad se ha visto amenazada, cuando al-

guna de las secciones estuvo en peligro, todas las otras le han prestado su ayuda y la han socorrido con mayor o menor eficacia. Ni Carrera, ni Ferrera, negaron la cooperación que la conciencia centroamericana les demandaba. Setenta años de fragmentación, contados desde que salió Morazán para el Sur hasta la época del Dr. Madriz en Nicaragua, no habían podido destruir el alma netamente centroamericanista de guatemaltecos, salvadoreños, hondureños y costarricenses, quienes acudieron presurosos a luchar contra la intervención extranjera. Varias expediciones fueron equipadas con dinero particular, *contra la voluntad de gobiernos pusilánimes* que temían comprometerse, y cuya servil vigilancia hubo de ser burlada.

Si Estrada Cabrera, si Figueroa y los demás presidentitos hubieran tenido el criterio y la noción de dignidad patria de un Juan Rafael Mora; si ellos mismos en vez de estorbar hubiesen predicado y dirigido la cruzada como aquel prócer lo hiciera, es muy probable que la situación de Nicaragua y de los traidores sería hartamente diferente en la actualidad.

Obsérvese, pues, cómo resultan triplemente culpables los caciques: tienen *materialmente* dividida a Centro América; tratan de ahogar el sentimiento nacionalista (ejemplo precitado); y sobre todos ellos, por ende, cae gran parte de responsabilidad por el actual estado de cosas en el Istmo, puesto que impidieron hasta donde les fué posible la movilización de los voluntarios que se aprestaban a la lucha.

¿Habría todavía quien hable de la ausencia de alma nacional centroamericana? ¿Habría quien inculpe a

la masa por los fracasos habidos, para solaz y consuelo de los que mandan?...

En el curso de la polémica mi estimado amigo el Sr. Oviedo reprodujo, con sobra de largueza, diferentes frases del escritor español don José Ortega y Gasset. Refiriéndome a la cita de Grecia (la de Roma no encaja) debo repetir al distinguido compañero que Ratzel, Vidal de la Blache y Vaillaux, quienes han estudiado a fondo el desenvolvimiento de la Nación Helénica, aseguran y la Historia lo confirma que— a pesar de encontrarse fragmentado el suelo político en estados microscópicos— allí fué perenne la manifestación de un sentimiento y de una vida esencialmente griegos (Guerra de Troya). Es imposible afirmar, en consecuencia, que la nacionalidad griega no existiera, como es ilógico insistir en que no hay conciencia centroamericana, apoyándose en las palabras de un sociólogo español y no en la realidad vista y comprobada en los cinco pueblos.

Para otras consideraciones del señor Ortega y Gasset yo podría aconsejar, a quien tuviere interés en estos intrincados estudios, al sapientísimo José Ingenieros como tratadista del nacimiento y formación de la nacionalidad argentina, o a Molina Enríquez de la mexicana.

Quiero—de seguro los pacientes lectores también me acompañan en el deseo—concluir esta disquisición. Pero no he de hacerlo sin proclamar una vez más que la conciencia centroamericana existe. Y que si así no fuere—según afirma el señor Director de «*Excelsior*»—, nunca se podrá formar estando divididos estos pueblos, porque los peores enemigos del ideal nacionalista son los mandones oficiales. Me parece haber demostrado ampliamente cuanto he dicho durante toda la polémica, sin impaciencia de ninguna clase. Pero entiendo que sería conveniente subrayar aún más el último concepto, lo que voy a permitirme hacer de la siguiente manera:

Aunque no hay dos países iguales, ciertas leyes sociológicas son comunes a todas las naciones. Si se investiga el proceso de la restauración nacional en Italia o Alemania, en la Argentina o Inglaterra, se verá siempre que los intereses personales de los reyezuelos o de los caudillejos, con sus camarillas de siervos, son los únicos que se han opuesto a la unidad mayor.

Cuando la mano de acero de Bismark forjó el Imperio Alemán; cuando Cavour reunió todos los elementos activos que bregaban por el engrandecimiento de Italia, contra esos dos ideales se agitaba una multitud de enemigos en algunos Estados alemanes e italianos.

Eso es sencillamente lo que ocurre en Centro América. No es la masa del pueblo la que se opone al resurgimiento de la Patria, ni es ella la responsable de la desunión ni de los crímenes contra el anhelo federalista. Son los *reyezuelos* sin corona ni sangre azul.

Son los caudillejos. Son los presidenciables. Son los que se hacen llamar *redentores* del pueblo. Son los intereses creados, y los sueños de mando, y el afán de lucro, y las pasiones, y la falta de honradez pública.

Puede estar seguro de ello mi querido amigo y muy estimado colega.

VICENTE SAÉNZ.

«PATRIA», Tegucigalpa, 22 de julio de 1922.

FIN

Sumario

	Página
Prólogo	3
Se confirma la existencia de fenómenos psíquico-patológicos, que merecen ser estudiados empeñosamente por los hombres de ciencia. .	19
De cómo se confunde a los diputados con carneros o con pollinos, e imagínase que los costarricenses somos tontos de capirote. .	33
Flacos jinetes sobre un rocín de catadura escuálida.	37
En donde se advierte el engaño de unos cobres envueltos en mucha hoja, que se deslizan como legítimas monedas de oro.	40
Ofertas de un emisario del Presidente Roosevelt al general Zelaya, e insinuaciones bélicas de un Ministro de Estados Unidos al Gobierno de Costa Rica.	48
Plena comprobación de lo dicho y afirmado en el artículo anterior.	55
Washington rompe hostilidades abiertamente con Zelaya. ¿Pretexto? El haber sido fusilados en Nicaragua los norteamericanos Cannon y Groce.	62
No son ni pueden ser Convenciones	

	Página
gratas a Centro América, las que sólo inspiran desconfianza a los cinco pueblos.	66
Estupendas apreciaciones de un jurisculto costarricense, en las que salta a la vista lo misterioso e inconfesable de los Pactos. . .	72
La tragedia nicaragüense toma inesperadas proporciones.—Madriz abandona el poder.—Juan Estrada, Luis Mena, Adolfo Díaz y Emiliano Chamorro siguen en la danza.—La enorme figura de Benjamín Zeledón.	80
El «Chattanooga» y el «San Diego» electores de Chamorro.—Actividades de la Oficina Internacional Centroamericana.—Caída de Estrada Cabrera.—Esperanzas de celebrar dignamente el primer centenario de la independencia. .	87
Inaugúranse las Conferencias de San José.—Actitud inconcebible de la Delegación nicaragüense.—Vencidos por fin todos los obstáculos con la fórmula número diez, Centro América se ilumina llena de entusiasmo y de alegría.	94
Fuga inesperada del Representante de Chamorro.—Suscríbese sin embargo el Pacto de San José.—Actitud de los legisladores costarricenses.—Alegres dianas; toques de tambor y de clarín; juramentos y cañonazos; espadas que brillan y galones que deslumbran.	103
El golpe militar del 5 de diciembre en Guatemala.—Dolorosas vacilaciones del Consejo Federal Provisional.—Advertencia del Departa-	

	Página
mento de Estado norteamericano.—Completo naufragio de la República Tripartita.	108
Consideraciones sobre la intromisión del Departamento de Estado norteamericano en asuntos de política interna de la República Tripartita.—El Sr. Hughes sacó de donde en santa paz yacían a los pobres interfectos de 1907.—Este proceder inaudito contrasta con el de México, que se pudo haber tomado iguales atribuciones . . .	116
Sin timón, sin brújula ni freno, vuelve Centro América a las andadas.—Los mandatarios enséñanse los dientes y tres países se ponen al borde de la guerra.—El famoso Pacto del Tacoma	124
¿Merecen por ventura respetuoso acatamiento los juriconsultos de campanillas, que han estado siempre al servicio exclusivo de sus propios intereses?—Eminencias grises que bailan en la cuerda floja al són de la música que les toquen.—Abyección que indigna y servilismo que causa pena	129
Sucesos morrocotudos que solamente pueden acaecer cuando se hallan de por medio los hombres que pilotean a Centro América.—Estadistas de los llamados eminentes que se desviven por hacerle el juego a la Casa Blanca, traicionando el sentir del pueblo y atropellando sus legítimos derechos	137
Centro América no tiene por qué doblegarse ante la imposición y ante la ignominia,	

que no otra cosa significa el Tratado Bryan—Chamorro.—Si está llamada a servir los intereses del mundo con un gran canal en sus entrañas, que ofrezca el contingente de tierra y aguas que sea menester: pero exigiendo se respeten y garanticen su integridad territorial y su completa autonomía 145

Tratado de Límites Cañas-Jerez.—Laudo Cleveland.— Tratado General de Paz y Amistad.— Convenios Weitzel y Bryan-Chamorro.— Actitud de los gobiernos de Washington y de Managua.— Fallo de la Corte de Justicia Centroamericana.— La violación y el atropello persisten.— Pueblos que se exponen a la mofa y al ridículo por la indignidad de sus gobernantes 155

Centro América pierde ocasiones óptimas, brindadas por el Destino, para salir airosa de una empresa libertaria.— Ya ni siquiera puede entonces atacarse al interventor extranjero, porque el mal está localizado en el propio corazón del Istmo.— Las Historia es y será más elocuente que cuanto pueda decirse 167

Epílogo.— «Donde se acaba de averiguar la duda del yelmó de Mambrino y de la albarda, y otras aventuras sucedidas, con toda verdad.» 174

El otro punto de vista.— Empréstitos... Garantía de todas las rentas nacionales.— Contrato del 7 de diciembre de 1910 192

	PÁGINA
Empréstito Francés.— Artículos elocuentes	195
Don Ricardo Jiménez y el Derecho del Berreo	197
Explicación necesaria sobre el artículo anterior.— Pago de la deuda con los franceses.— Nuevo empréstito en perspectiva	210
Comentario final.— Hechos contra palabras.— Salen de territorio nicaragüense los marinos norteamericanos.— Emiliano Chamorro, una vez más, amo y señor de su país.— ¿Es para eso que sirven los Tratados de Washington?— La visita de Gutiérrez Navas.— Triste papel desempeñó el Gobierno de Costa Rica.— Levantada actitud de la opinión pública centroamericana	221
Completa violación de los Tratados de Washington.— El Vice-Presidente Sacasa es destituido.— Emiliano Chamorro asume la presidencia de Nicaragua	235
Recopilación de algunos juicios sobre «Cartas a Morazán»	241
Polémica que el libro «Cartas a Morazán» suscitó en Tegucigalpa	257
Lamentable incidente periodístico	262
Carta abierta sobre unión y otros tópicos.— Los puntos sobre las íes y también sobre las jotas.— Nerón convertido en santo, Calígula en apóstol, y en hermanos gemelos de Francisco de Asís o de Vicente de Paul, Rosas, Melgarejo y el Dr. Francia	264

	Página
Contestación a una carta abierta (I) . . .	275
En la polémica (I).—No se deben tomar como base el amor ni el matrimonio.—Quédese la pasión amorosa para Romeo y Julieta, Abelardo y Eloísa, los Amantes de Teruel	279
Contestación a una carta abierta (II) . . .	284
Contestación a una carta abierta (III) . . .	287
En la polémica (II).—Los hechos históricos son más convincentes que las galanas frases de un escritor	291
La falta de paciencia	295
Termina la polémica.—Consideraciones generales sobre el tema que abandona «Excelsior».	300

